

Ejército Marina Aviación

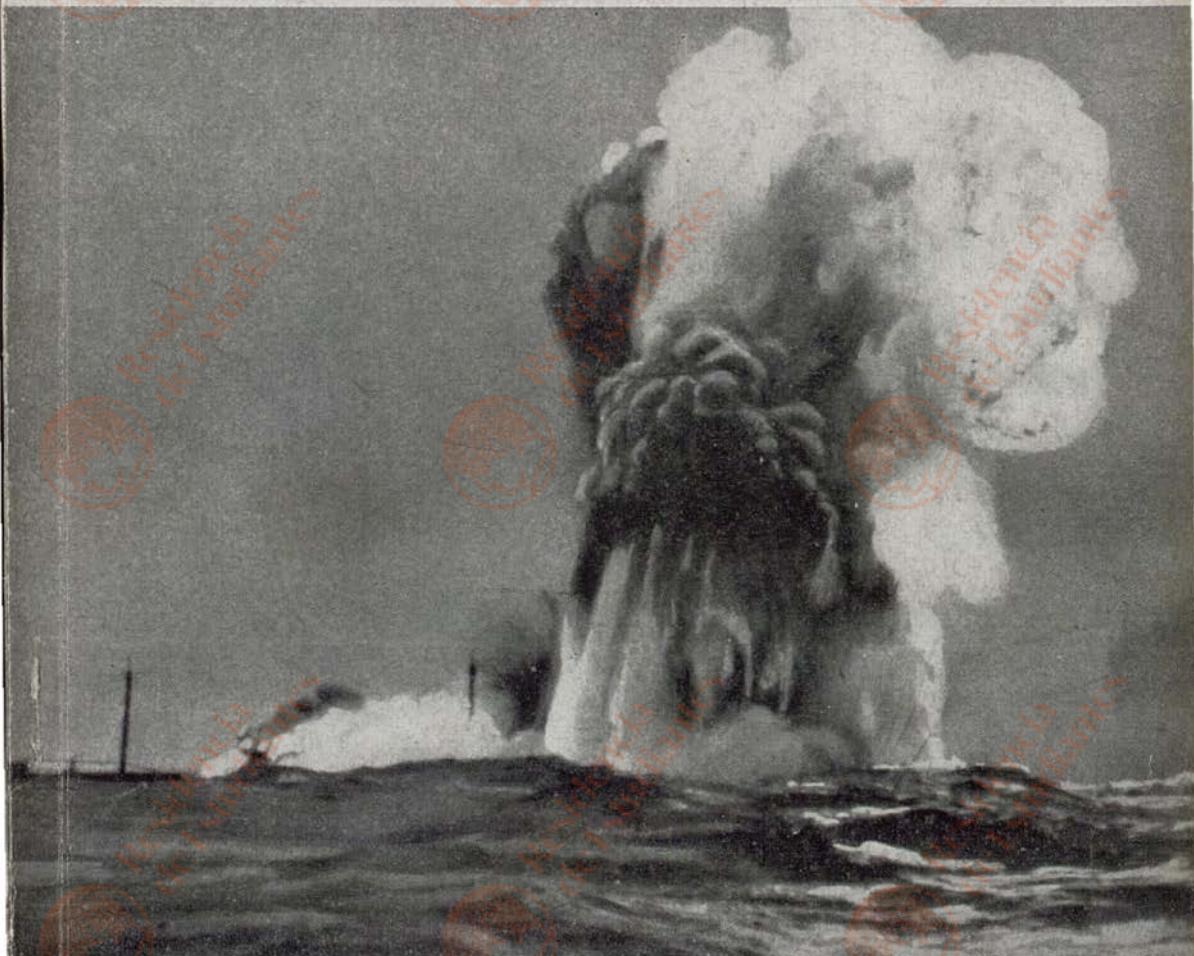
PUBLICACIÓN MENSUAL

EDITORIAL DE GERHARD STALLING, OLDENBURG (OLDB) Y BERLIN W 35

Año VIII

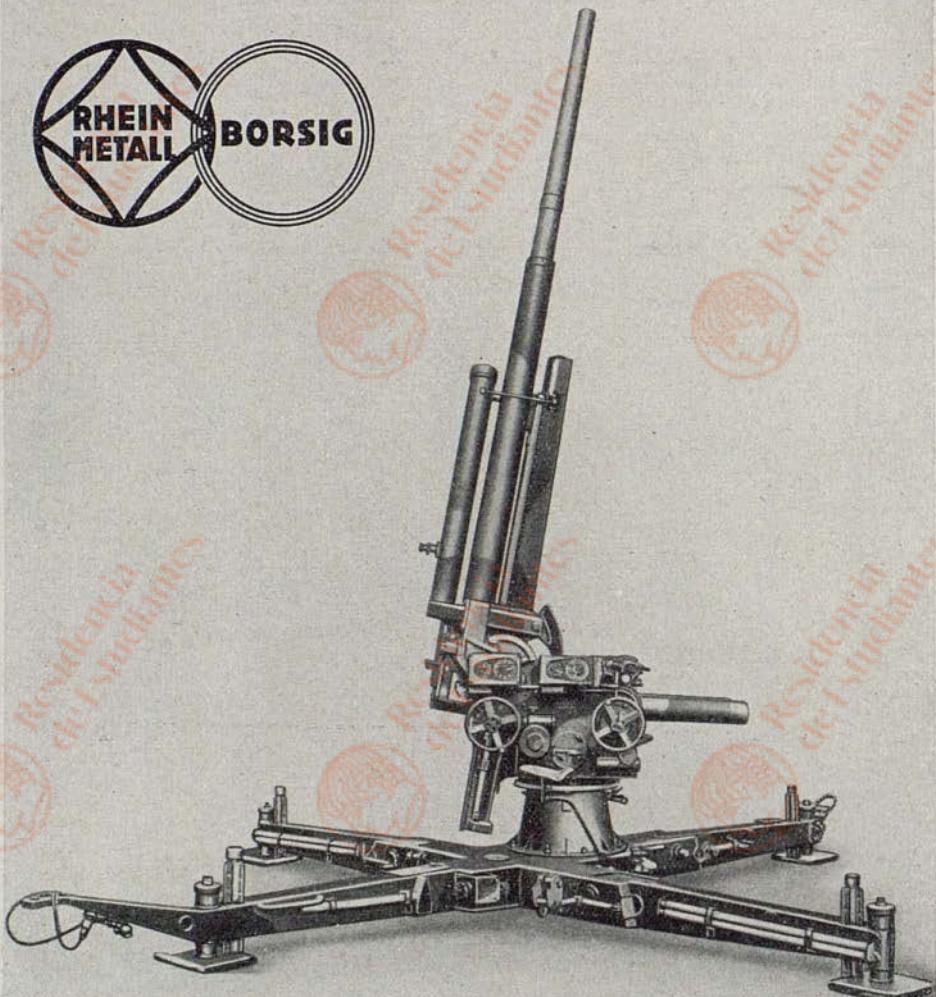
Número 8

1941



La batalla del Atlántico.

Submarino alemán hunde con dos torpedos un buque-petrolero británico.



Cañón antiaéreo „Rheinmetall“ de 7,5 cm en batería.

RHEINMETALL - BORSIG
AKTIEN GESELLSCHAFT BERLIN

Ejército Marina Aviación

(E. M. A.)

Año VIII

Número 8

1941

Condiciones de suscripción: En Alemania: marcos 4.50 por semestre, marcos 9.00 por año. Los pagos se harán por adelantado directamente o por giro postal a la Dirección de la revista: Berlin W 35, Potsdamer Straße 84. — Para asuntos relacionados con la redacción dirigir la correspondencia a esta misma dirección.

Sumario:

Instrucción militar en época de paz y la victoria en la guerra	315
<i>Por el Coronel del Estado Mayor suizo Dr. Dänicker</i>	
La crisis de mando del año 1917 en las Potencias Occidentales	320
<i>Por von Rieben</i>	
La toma de una aldea	328
<i>Por el Teniente Dobrunz</i>	
Hace mas de un año — en Noruega (Fin.)	332
<i>Por el Capitán von Studrad</i>	
La Escuadra Mölders ataca	345
<i>Por Eugen Preß, Corresponsal de Guerra</i>	
El avión destructor bimotor	344
Algunos opiniones sobre la conquista de la Isla de Creta	346
Una opinión neutral sobre Winston Churchill	347
De Diarios y Revistas	350
Cultivo de Idiomas	355



Soldados alemanes fortificando una posición en Libia.

Instrucción militar en época de paz y la victoria en la guerra.

Por el Coronel del Estado Mayor suizo Dr. Däniker.

La instrucción militar en tiempos de paz tropieza con un gran obstáculo: carece de la norma por la que pudiera medir su resultado y examinar la exactitud de su contenido. Pues no puede ser base de la instrucción aquéllo que trajo éxito antes en los campos de batalla, sino algo muy distinto, algo que asegure la victoria en el futuro, en un futuro desconocido, cercano o lejano. Ciertamente es posible sacar una orientación general al examinar las experiencias militares. Pero también los resultados del pasado militar dejan varias interpretaciones, y las verdaderas causas que determinan el triunfo y la derrota no se hallan tan fácilmente ni con tanta seguridad. Claro está que cada Ejército cree formar su instrucción militar con arreglo a las más modernas doctrinas hasta que la guerra emite de nuevo el fallo y pronuncia inexorablemente un «procede mal» y un «procede bien». No es raro que el antes derrotado haya tenido más vista y haya sacado las conclusiones con mayor comprensión que el vencedor de antaño, por cuyo motivo el éxito y el fracaso se adjudicarán en forma distinta. ¡Qué desenvolvimiento más variado está caracterizado por las victorias de Türkheim, Roßbach, Jena, Sedan, Compiègne 1918 y Compiègne 1940!

Si una guerra, como la conflagración de 1914—1918, finaliza sin una decisión militar clara y terminante, será mucho más difícil la subsiguiente instrucción en tiempos de paz, pues faltan bases para saber cuál es el camino a tomar para conseguir en el futuro decisivos éxitos militares — caso que se aspire a una victoria en el terreno militar y no se espere ganar una guerra futura por estrangulamiento económico del enemigo. Pero incluso en este caso sería necesario también un éxito militar, cuando menos en la defensiva, a fin de poderse sostener tanto tiempo hasta que se haya conseguido por otros medios la decisión de la pugna. Y si la instrucción de que hablamos se da en un tiempo en que la técnica progresá a pasos agigantados, se aumentan notablemente las dificultades. Se presentan tantas posibilidades que es enormemente difícil tomar una decisión; el indeciso perderá vacilando su tiempo; investigará hasta los más ínfimos detalles, y como muchas cosas no se pueden determinar ni con la mayor sagacidad, a pesar de un examen detenido, no llegará jamás a un resultado positivo. Un ejército dirigido por tales

caracteres carece de un objetivo grande y perfectamente delimitado. Celebrará, pues, resultados parciales, puesto que con ello se disipan por lo menos algunas dudas. Pero como estos resultados parciales no tienen un margen grande, se exagerarán en su importancia. Además, se les puede disputar fácilmente su exactitud, ya que les faltan sólidos fundamentos. Y, en efecto, serán objeto de disparidad de criterios por parte de individuos que lucharán por su opinión con tanto mayor impetu e intolerancia cuanto más secundarias sean en el fondo las cosas por las que se discute. La instrucción carecerá entonces de una orientación general importante y se agotará en el estudio de futilezas. Quien tiembla ante lo grande, se aferrará convulsivamente con tanto más ahínco en cosas sin importancia y profundizará en lo insignificante.

El espíritu audaz y superior procederá en forma distinta. A pesar de no ser tampoco adivino, tomará una resolución totalitaria. Elegirá su programa y pondrá manos a la obra a fin de no desperdiciar tiempo. Claro que la decisión no la tomará en forma apresurada, sin antes haber meditado profundamente. En ciertas circunstancias se pagaría el haber obrado en forma irreflexiva. Lo fundamental estriba en que las reflexiones no se pierden en el horizonte, que llegan a algún punto, a una conclusión, reconociendo justamente que hay mucha cosa que no se puede adivinar. No se debe perder el tiempo en aquello que no se puede saber. De todas formas se necesita la indispensable confianza en sí mismo para estar convencido de que, en caso dado, se podrán dominar, con la fuerza espiritual, las situaciones que se presenten en la guerra y que no se podían prever. El prudente encanece en reflexiones. Desearía prever todos los detalles, y se imagina que se forma imágenes claras y exactas aunque le falten para ello los requisitos previos. Y si más tarde se demuestra que la opinión que se había forjado no es exacta, aumentará más la inseguridad y será más funesta la sorpresa.

Si, efectivamente, la victoria y la derrota en los campos de batalla dependieran por completo de las armas, del empleo de ciertas reglas y del procedimiento táctico aprendidos, el éxito debería estar determinado por la casualidad, ya que sería decisivo entonces el haber escogido casualmente en tiempos de paz la base justa por cuanto hace a material y a procedimiento táctico.

En la realidad, las cosas no son así. Ciertamente no es indiferente el material con que cuenta la tropa y el procedimiento táctico que se empleen. Sin embargo, la influencia decisiva en la lucha no se halla en estas cosas materiales sino, a menos que lo aplaste todo la supremacía material, en los valores varoniles de que dispongan los combatientes. Quien reconoce esto, no vacilará en la instrucción, en tiempos de paz. Más bien hallará decididamente algún camino, convencidísimo de que el triunfo o la derrota no dependen de si las propiedades de su arma-



Foto: Scherl

Ataque contra un bunker.

mento son algo más así o de otra forma y de si ha escogido este o aquel procedimiento táctico. Lo importante es cómo se llevó a cabo la instrucción, si a fondo o sólo superficialmente, si ha dado al soldado confianza en sí mismo, o si ha dejado en él ciertas dudas. Trabajo superficial o una instrucción que no dé confianza en sí mismo son irreconciliables con lo verdaderamente militar y preparan el fracaso ante el enemigo. La inseguridad interior y las dudas son más perjudiciales para los éxitos militares que mil resistencias materiales. Por ello los grandes educadores militares, siempre que han dispuesto de corto tiempo de instrucción, no han disminuido el fin mismo sino limitado el número de ejercicios. Un saber que abarque mucho pero que no llegue al fondo del asunto obra en forma peor que otro saber que abarque menos y profundice más. Sólo de este último saber sale la necesaria confianza en sí mismo.

El fallo: «procede bien» o «procede mal» que se pronuncia por el éxito de la lucha no se refiere a fenómenos aislados materiales ni a pequeñeces formales sino a los valores militares. El fallo afecta menos



Foto: PK.-Bauer-Scherl

Soldados de un escuadrón de ciclistas alemán.

a la «cantidad» de instrucción en tiempos de paz que a su «profundidad». En el aspecto material y formal no hay ningún «procede bien» que tenga absoluta validez. Si cualquier arma determinada corresponde a las necesidades del campo de batalla, o si cualquier procedimiento táctico trae el éxito consigo, depende en último término del soldado que sirve el arma o que emplea la táctica en cuestión. Con la misma arma y el mismo procedimiento táctico se pueden obtener triunfos o sufrir descalabros. Formaciones blindadas y motorizadas pueden ser para el uno un medio valioso de conseguir la victoria, mientras que

para el otro coadyuvarán al desconcierto y aumentarán la derrota. En una palabra: a aquel que se ha transformado en un verdadero militar, por educación e instrucción adecuadas, todo le ayudará a la victoria, mientras que al soldado con deficiente instrucción todo le será un peligro, tanto el mejor material como el procedimiento táctico más hábil. El verdadero militar, por lo varonil que en él existe, está capacitado gracias a su valor moral, y superioridad para tomar siempre por sí mismo la decisión más acertada. Esta fuerza espiritual determinará sus actos, sus sacrificios, lo que traerá éxito, y asignará así el justo valor a las cosas materiales.

Si se examinan y exponen los resultados del campo de batalla con mentalidad materialista, y si se atribuye absoluta exactitud a estas o aquellas causas materiales o formales, entonces inevitablemente la verdadera educación militar espiritual cederá el paso a una instrucción externa y formal. La instrucción en tiempos de paz se desarrolla en este caso sobre bases falsas y crea inconscientemente los requisitos para un fracaso ante el enemigo.

Por regla general, los grandes capitanes fueron siempre también grandes instructores militares, pues sabían que sus andaces proyectos los podían poner en práctica sólo con la ayuda de buenas tropas o, expresado en otros términos, que la exactitud de los planes militares se consolida sólo por soldados que están en condiciones de llevarlas al terreno práctico.

La falsa mentalidad materialista de «cerebros mecánicos» se favorece siempre por el hecho de que el vencido quiere confesar sólo en raras ocasiones donde residen las causas del fracaso. Nadie confiesa con buena gana que le han faltado valores varoniles y, por tal motivo, se buscan siempre por la derrota excusas en el terreno material, porque un problema material cuida las debilidades personales. Ha faltado o no ha sido suficiente el número de esta o aquella arma; este o aquel procedimiento táctico no pudieron ser empleados frente a maniobras adversarias; el efecto del fuego enemigo hubiera sido tan fuerte que no había posibilidad ni de moverse siquiera. Estos son las explicaciones más frecuentes que se hacen y que se creen por personas no entendidas; mas, al investigar de cerca los hechos, se comprueba casi siempre que han conseguido el triunfo tropas con poco armamento y con sencillos métodos tácticos, mientras fracasaron otras con mejor y más numeroso material. Sólo aquel que tiene una idea equivocada de lo militar puede asignar el triunfo de un ejército a la ventaja del armamento.

Al avaluar los sucesos militares de una guerra hay que apartar primero ciertos escombros que se amontonan, bien a propósito, o sen-

cillamente a causa de un falso concepto y de una interpretación equivocada. Solamente este trabajo, frecuentemente fatigoso, abre el camino a las verdaderas enseñanzas militares que demuestran siempre que hoy día son las mismas condiciones básicas sobre las que se cimenta un triunfo militar, que ya regían ayer y regirán mañana. Los valores varoniles y el haberse entregado cuerpo y alma a la idea por la que se lucha, son los factores que aseguran la victoria. «Nos batimos uno contra diez, pero en nuestras filas luchaba también la Marseillaise», escribió un soldado de la Revolución francesa. Numerosos soldados de todas las épocas hubieran podido escribir algo parecido y habrían hallado con ello el secreto de su éxito. Aquí residen las principales enseñanzas que ofrece a la instrucción militar en tiempos de paz la historia de la guerra y pertenecen a aquellas que el Conde Schlieffen calificó de «reanimadoras del corazón», porque enseñan que no es el material el que vence sino el soldado.

(de «Militär-Wochenblatt».)

La crisis de mando del año 1917 en las Potencias Occidentales.

Por von Rieben.

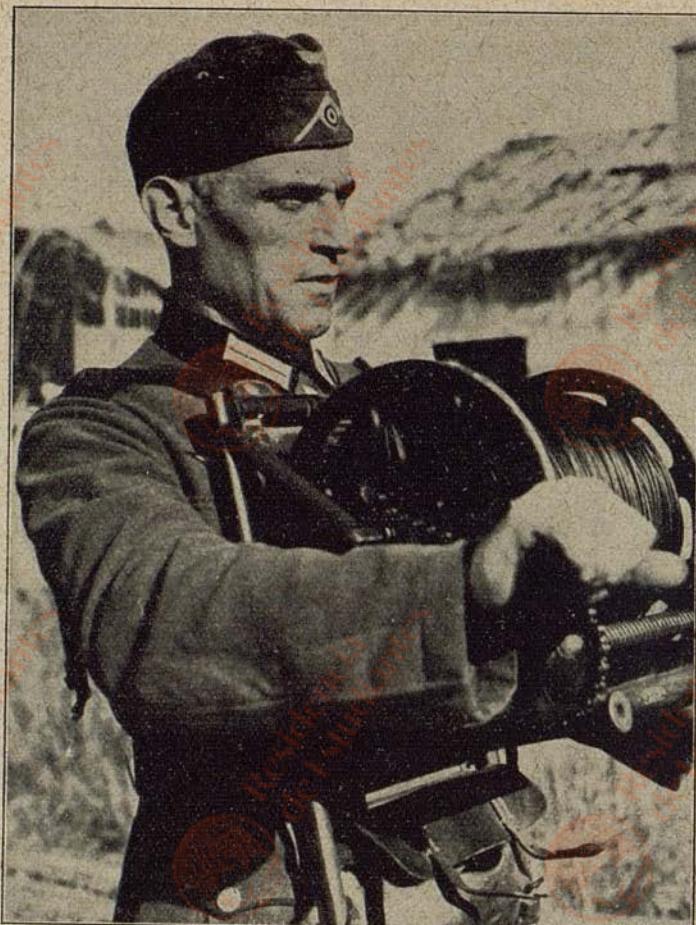
El año 1917 es el año de crisis de la Guerra Mundial en el más amplio sentido de la palabra. En Rusia e Italia, las razones de ello son de orden político, en Inglaterra y Francia se trata de típicas crisis de mando, que surgen de las diferencias entre los jefes políticos y militares. Los motivos de este desacuerdo no se hallaban en el hecho de que los objetivos de unos y otros estuviesen en contraposición, sino en la desconfianza de la jefatura del Estado en la capacidad del Mando del Ejército. Esta falta de confianza provocó ingerencias de los dirigentes políticos en la conducción militar, que hubieron de tener en el momento de la decisión consecuencias especialmente funestas. Estos rozamientos se hicieron tanto más sensibles, por cuanto que en Francia e Inglaterra los ministros de la guerra, que debían ser los intermediarios propiamente dichos entre los gabinetes y los Comandos en Jefe, no eran, en la mayoría de los casos, militares y carecían, por consiguiente, de un estrecho contacto con el Ejército y de comprensión para sus intereses. En ambos países, con sus gobiernos parlamentarios, eran los ejércitos o sus jefes, objeto de una desconfianza que enraizaba en la invencible oposición de las concepciones puramente civiles

y militares. Los políticos velaban celosos que el ejército no se emancipase de su autoridad. No se podía prescindir de él, pero se le consideraba, no obstante, como un mal necesario que tenía que ser mantenido bajo estrecho control, si debía evitarse la dictadura de la fuerza armada.

No es de ningún modo que este descontento de los políticos con los jefes militares careciese de razones. Por el contrario, las preocupaciones tampoco eran injustificadas desde el punto de vista de la actual crítica. Pero surge la duda de si la aún bien intencionada y justificada intervención en un „proceso en trámite“ no es capaz de producir una confusión todavía más funesta, que la de las medidas defec tuosas de las autoridades competentes. Y como en Francia estos antagonismos condujeron al fin a un cambio de mando y a motines, mientras que en Inglaterra se evitó una solución violenta, nos acosa la pregunta de cómo es posible que en ambos campos se llegase a desenlaces tan distintos.

A fines de 1916 pasó Nivelle a sustituir a Joffre. Después de sus éxitos en Verdún era considerado como el hombre capaz de pasar de la guerra de posiciones a una ruptura del frente y conducir de nuevo los ejércitos a una batalla en campo abierto. Nivelle abandonó el plan de operaciones de Joffre, que en realidad era sólo una continuación de la batalla del Somme, de triste memoria, y concentró sus fuerzas, especialmente después de la retirada de Alberich del Ejército alemán, en ambas alas: En Arras, los ingleses, y en el Chemin des Dames, su agrupación de choque compuesta de tres ejércitos al mando de Micheler. Aquí, en el Aisne, esperaban romper en tres días todo el sistema de posiciones alemanas, para avanzar entonces a espaldas del frente occidental enemigo.

El Ministro de la Guerra, General Lyautey, desconfiaba de este optimismo y, a principios de marzo de 1917, citó al Jefe del Estado Mayor de Nivelle para exponerle sus objeciones, logrando de él, después de invocar el antiguo compañerismo de armas y largos esfuerzos, la confesión de que tampoco esperaba nada bueno de la operación. El General Lyautey no tuvo ya tiempo para ocuparse más del cambio de mando que proyectaba, pues el 17 del mismo mes fué derribado junto con todo el Gabinete Briand por el Parlamento. El nuevo Gobierno Ribot, en el que Painlevé tomó la cartera de Guerra, intentó proporcionarse una idea clara acerca de las probabilidades de éxito, consultando a Nivelle y a los comandantes de sus agrupaciones de ejércitos (Franchet d'Esperey, Micheler, Pétain), pero no obtuvo tampoco la convicción de la exactitud de los cálculos del primero. Cuanto más se aproximaba el 16 de abril, día en el que debía iniciarse el ataque, tanto más alarmantes eran las noticias que llegaban al Gabinete. El día 3 del mismo mes habían informado los presidentes de la Cámara



Soldado del servicio de transmisiones alemán desarrollando un cable.

y del Senado de forma muy desfavorable acera de una visita hecha a la Agrupación de ejércitos de Micheler, destinada a romper el frente, y el 5 del mismo mes había llegado a manos de Ribot un informe del anterior Ministro de la Guerra, Messimy, en aquel momento coronel en la Agrupación de ejércitos, encargada de la ruptura, que causaba la impresión de como si hubiese sido dictado a éste por una autoridad superior, y en el que se desaconsejaba de la ofensiva proyectada con objetivas y extensas razones. Una conferencia convocada a continuación en Compiegne el 6 de abril, por el Presidente de la República, Poincaré, puso por cierto de manifiesto, que los jefes subordinados eran de la misma opinión que Nivelle sobre la necesidad de una ofensiva, pero que no compartían por lo demás su optimismo. En vista de ello, Nivelle

presentó su dimisión que no fué aceptada. La conferencia se disolvió con la capitulación tácita ante los altos jefes militares.

La ofensiva emprendida el 16 de abril no confirmó los cálculos de Nivelle. Frente a insignificantes conquistas de terreno se hallaban pérdidas sangrientas extraordinariamente graves. El tiempo había sido malo, la superioridad aérea, la preparación artillera no habían sido suficientes y los servicios de sanidad estaban descuidados. Micheler abogaba en adelante en favor de operaciones parciales y Nivelle abandonó sus planes de ruptura de altos vuelos. No cesaban las malas nuevas sobre el frente. En una carta dirigida a Poincaré, el diputado Ybarne-garay intervino una vez más, «hondamente impresionado por noticias de combatientes que calificaban de completamente prematura e imposible la reanudación de los ataques sobre Craonne y la meseta de Vauclerc». Nivelle intentó echar la culpa a los jefes a sus órdenes; pero, por otra parte, volvió a ofrecer también su dimisión, que tampoco fué aceptada esta vez. Mientras el Presidente exigía que fuesen oídos en esta cuestión, objeto de controversias, los jefes subordinados, se defendía Nivelle de los rumores que se iban extendiendo a sus espaldas y que, junto con su posición, socavaban también la disciplina en general. Pero inútilmente; en el curso de las investigaciones por él ordenadas, todos los jefes subordinados declararon que nada tenían que ver con esos rumores. La actitud de ambos partidos iba amargándose cada vez más. El 29 de abril fué nombrado Pétain Jefe del Estado Mayor en el Ministerio de la Guerra, lo que había de robustecer extraordinariamente la posición de éste frente a Nivelle. En esos días se puso de manifiesto en el Ejército, todavía con mayor claridad que en la nación, la crisis de confianza que reinaba. Mientras Nivelle seguía queriendo mantener por la fuerza la ficción de que todo sucedía conforme a sus deseos, llegaba hasta el Gobierno una avalancha de quejas sobre el curso de la batalla, la situación en el frente y en la retaguardia y el doctrinarismo despótico del mismo Nivelle, que indujo a Painlevé a tomar por fin en serio la necesidad de un cambio de mando. El 11 de abril exigió a Nivelle que dimitiese y pasase a tomar su anterior mando en Verdún. Pero éste, apoyándose en sus amigos parlamentarios (el socialista Malvy, Ministro del Interior, Maginot y otros), intentó oponer resistencia. El conflicto fué planteado, como si la salida de Painlevé fuese el fin de un partido, pero la de Nivelle el fin de Francia. Sólo con mucho trabajo logró superar el Primer Ministro los antagonismos que existían en el Gabinete e imponer su decisión, por la que Pétain pasó el 15 de mayo a sustituir a Nivelle.

En este momento estallaron en el Ejército francés las graves sublevaciones ya conocidas, que paralizaron su fuerza combativa hasta el otoño. Las excesivas esperanzas que Nivelle había sabido despertar en todo el pueblo, la desilusión por los modestos éxitos, el gran número de

pérdidas y la insuficiente asistencia médica hicieron que el Ejército se diese cuenta de su desesperada situación, en el momento de la dimisión de su Comandante en Jefe, con una rapidez tal, que le llevó a despojarse por completo de la acreditada paciencia y juicio que había tenido hasta entonces. Ahora veía a una luz muy distinta los periódicos y octavillas que corrían de mano en mano en los hospitales de sangre, cuarteles de la retaguardia y abrigos. Ahora creía cuanto en ellos se manifestaba acerca de que el Gobierno hacía una guerra de anexión, de que Francia se desangraba para que Inglaterra se viese libre de la competencia alemana, y de la incapacidad de los generales. Ahora no quería ya volver más al infierno de las ametralladoras alemanas. Sólo a la energía militar de Pétain, llena de serenidad, a su incansable actuación entre la tropa cuyas necesidades conocía y a su personalidad debe agredecer Francia que sus ejércitos no se disolviesen en el caos.

Las mismas diferencias existían en el campo inglés; también Lloyd George, que había tomado a fines de 1916 la dirección política y, por consiguiente, el mando civil en la guerra, sin tener por cierto un apoyo seguro en el pueblo y el partido, aspiraba a salir de la guerra de posiciones y de desgaste, aunque creía menos en una ruptura del frente a través de las fuertes posiciones alemanas que en la posibilidad de vencer a Austria-Hungría, más débil, desde Italia o los Balcanes. Haig y Robertson, el Comandante en Jefe militar y el Jefe del Estado Mayor General Imperial, que rechazaban este «punto de vista profano» defendido también, ciertamente, por el general Hamilton, no disfrutaban de consideración de Lloyd George que, desde la primavera de 1917, intentaba desplazar a Haig, a quien no podía perdonar las inmensas pérdidas de la batalla del Somme. Ya el 15 de febrero comunicó al Gobierno de París, por mediación del agregado militar francés, que estaba dispuesto a subordinar a Haig a Nivelle en la ofensiva que se aproximaba, aún cuando esto había de causar gran descontento en el pueblo y el Ejército. Y, ausentes Haig y Robertson, hizo que se le autorizase por el Comité de Guerra a hacer nuevas gestiones en este sentido. El biógrafo de Haig, Dewar, habla de un «mezquino truco», por el que Lloyd George y Briand obtuvieron en la conferencia de Calais (26 de febrero de 1917) el poder subordinar Haig a de Nivelle, y Duff Cooper informa acerca de que el General Lyautey, en aquel entonces Ministro de la Guerra, y Nivelle hicieron patente el 27 de febrero a Haig y Robertson sus sentimientos por la ofensa que se había infligido al Ejército británico.

La tensión entre la dirección política del Estado y el Comando en Jefe militar se manifestó, además, en el hecho de que Haig no expuso a Lloyd George sus intenciones de realizar una ofensiva en Flandes hasta el 8 de junio de 1917, cuando venía ya preparando ésta desde fines de 1916. La ofensiva debía tener como objetivos la liberación de

Bélgica y la conquista de las bases de los submarinos alemanes, sin cuya posición parecía, según opinión del Almirantazgo, imposible proseguir la guerra. Se trataba en este caso, por consiguiente, de una ruptura del frente de gran estilo, como la de Nivelle. Ya se ha manifestado la opinión que Lloyd George tenía de estos planes desde la batalla del Somme. Y a la divergencia de opiniones se añadía la diferencia de carácter. En realidad el hábil y pequeño galés y el grande y lento escocés representaban los dos extremos de la mentalidad británica. También en los círculos militares se conocían los defectos del Comandante en Jefe; se decía, que era un «great gentleman», pero por completo ajeno a la guerra moderna. «Montreuil era una antigua fortaleza de la época de Vauban y el Comando en Jefe del Ejército estaba encerrado en doctrinarias teorías de guerra tan anticuadas como el mismo fuerte y tan incommovibles como sus cimientos. En el centro de este vetusto medio se hallaba Sir Douglas Haig» (Fuller). El General J. Charterise dice de él: «Era de lenta concepción e intolerante, no aceptaba ninguna discusión y carecía en absoluto de buen humor. Veía en sí mismo el instrumento elegido por la Providencia para que el Ejército británico ganase la guerra.»

A este hombre se le advirtió desde las más distintas partes que se abstuviese del ataque de Flandes, resuelto para el 1 de julio de 1917. Los meteorólogos notificaron que según las observaciones hechas desde el año 80, empezaba en el mes de agosto el gran período de lluvias. Los ingenieros predijeron, que el fuego de la artillería destruiría los canales de desague y que el país se convertiría en un pantano. Foch y Pétain preguntaban de tiempo en tiempo si el Comandante en Jefe inglés seguía todavía aferrado a su guerra acuática. Haig se mantuvo firme. Ante el Gabinete hacía resaltar el auxilio que los franceses le prestarían y el agotamiento de las reservas alemanas. Al visitar Lloyd George el frente, hizo que se le presentasen a éste, para robustecer su tesis, sólo los prisioneros alemanes más débiles y extenuados. Y siguió firme en su idea, aún cuando el General Gough, comandante en Jefe del ataque principal (5º Ejército), le comunicó que el estado del terreno excluía el éxito. El mes de septiembre fué uno de los más secos en esta región, pero el que resbalaba de uno de los caminos afirmados con troncos de árboles, construídos fatigosamente y acribillados siempre de nuevo, se ahogaba sin remedio en los cráteres de las granadas, que próximos entre sí, formaban hasta verdaderos lagos. La infantería no atacó ya más y «el adversario obtuvo laureles que no había merecido en absoluto». «Un hombre que tiene que combatir en Flandes es un desgraciado, pero el que conscientemente escoge Flandes teatro de la guerra, está loco» (Fuller).

A los combatientes les parecía ya especialmente funesto el modo de pensar de este Jefe que vivía aferrado a los principios del Arma de

Caballería. «Nada tendría que decir, si el Comandante en Jefe quisiera disolver las seis divisiones de Caballería sobrantes para hacer de sus hombres sirvientes de ametralladoras, si es que esto es posible. Pero, no; prefiere destrozar cualquier tropa de otra Arma, sólo para no exponer a ningún riesgo a estas huestes sagradas.» Estas estaban destinadas a aprovechar el éxito final y fueron concentradas en la primera semana de octubre al oeste de Ypres para proceder a la ruptura del frente. «A lo largo de kilómetros encontramos obstruida la carretera a Hazebrouck por la Caballería. Nos detuvimos en un lugar, para hablar con algunos oficiales a los que preguntamos: ¿Qué creéis que os está deparado, tenéis una idea de la situación en el frente? — Nos contestaron: Se nos ha dicho que allí existe una loma arenosa en la que se puede operar. — Yo les repliqué: Si, hace tres semanas había allí algo de arena, pero desde entonces ha desaparecido del mapa. Aquí se encontraba una masa de Caballería que apenas hubiese tenido sitio en la llanura de Salisbury, dispuesta a cabalgar hacia una colina de arena que ya no existía y que apenas hubiese ofrecido espacio a dos escuadrones. Al proseguir nuestro viaje, pensamos que el Gran Cuartel General tenía que estar muy loco» (Fuller). Pero de todas estas impugnaciones a las ideas de Haig nada llegó hasta Lloyd George. El Ejército sentía todavía mayor desconfianza por el Primer Ministro que por las cualidades de conductor de tropas de Haig. Los mandos de todas las graduaciones se mantenían cerrados detrás de su jefe. Este disponía además de la Prensa. «El Gran Cuartel General — dice Lloyd George mordaz — no pudo tomar la altura de Passchendaele, pero estaba decidido a tomar en asalto la Prensa inglesa y aquí fueron magníficas su estrategia y táctica.» Los informadores de guerra fueron engañados por completo. Lord Northcliffe no era desde 1916 nada más que el timbal donde redoblaba Sir Douglas Haig y el pregonero de Sir William Robertson. El Primer Ministro no podía destituir a Haig sin la aprobación del Gabinete. «Sondeé por separado a los miembros y hablé también con algunos representantes de los Dominios. La mayoría de ellos se hallaba bajo el hechizo de la victoria sintética destilada en el Gran Cuartel General». La lucha, iniciada como ruptura, desembocó igual que siempre en un debatirse por conquistar un poco de terreno, y en noviembre, después de inmensas pérdidas, quedó estancada por completo en el barro.

Una comparación entre la situación de los campos francés e inglés da como resultado en ambos, sin ningún género de dudas, deficiencias en los cálculos y disposiciones de la conducción militar; se ve, además, la desconfianza de los ministros de la guerra y de la dirección política en la capacidad de los Comandos en Jefe, y al fin de estas complicaciones se halla, por último, el fracaso de ambos planes de operaciones, casi equivalente a una derrota. Y sin embargo, las consecuencias son

de muy distinto tipo. En Francia es derribado Nivelle y el Ejército camina hacia su disolución, en Inglaterra se puede mantener Haig y la situación permanece estable, no obstante las grandes pérdidas de hombres que se hacen sensibles en el siguiente año y por las que Francia no deja de sufrir menos.

Si ésta sale peor parada que su aliado, se debe ello a la distinta actitud de los ejércitos con respecto a las divergencias descritas. En Francia se venga el sistema de la contaminación parlamentaria del Ejército, al que ya se había opuesto Joffre, hasta que a consecuencia del descenso paulatino de su prestigio tuvo que abandonar la lucha. Desde un punto de vista militar es, sin duda alguna, sumamente funesto, el que el frente pueda ser controlado por el Parlamento, y que cualquier teniente que sea por casualidad diputado o tenga relaciones con estos círculos pueda presentar quejas sobre sus superiores. No es ni más ni menos que socavar la suprema autoridad militar, el hecho de que se requiera a los comandantes en jefe de las agrupaciones de ejércitos, para que se manifiesten sobre la eficacia de las disposiciones del Generalísimo y no es de esperar que los oficiales de baja graduación conserven la confianza en un mando y un sistema que es atacado desde los puestos más altos.. El Cuerpo de Oficiales se prestó demasiado gustoso a aportar quejas contra el Mando. Y aún cuando se esperó después con la sustitución de Nivelle hasta la terminación de las luchas principales, su caída fué, no obstante, el punto final puesto al doloroso desarrollo y la tropa vió en ello la prueba que venía a justificar sus quejas, que llevaron finalmente a una explosión violenta.

En Inglaterra, por el contrario, el pueblo y el Parlamento parecían menos dispuestos a estos cambios de opinión. Esto puede atribuirse lo mismo al temperamento que al hecho de que los habitantes de la Isla veían sólo la guerra como desde el palco de un teatro. La nación estaba, además, orgullosa de su gigantesco Ejército recién creado, y Haig cuidaba de que la Prensa mantuviese este sentimiento. Pero el Cuerpo de Oficiales era particularmente leal y se hallaba detrás de su mando de forma muy distinta al francés. Lloyd George habría vencido toda resistencia en el Gabinete y el pueblo si le hubiese sido posible aportar el material probatorio necesario para su tesis. Pero éste no fué puesto a su disposición. Por muy amargamente que la tropa criticase las medidas del mando, se mantenía unida, cerrada, frente a Lloyd George. Esta fuerte actitud interior, que se puso de manifiesto en ella, no sólo vino a salvar a Sir Douglas Haig sino que hace también comprensible que el Ejército soportase sin sufrir daños, la carga que sobre él pesaba a consecuencia de la conducción deficiente.

Lloyd George no pudo derribar a Haig, a pesar de que podía considerarse con más derecho y hasta con más deber a hacerlo que sus colegas francesas. Se puede decir, que por ello le fueron ahorradas al

Ejército inglés graves conmociones. Este pudo, por lo menos, atribuirse el éxito de que su adversario alemán había salido asimismo muy debilitado de la batalla de Flandes; aún más, pudo abrigar la idea de reanudar en la primavera la ofensiva desde posiciones más altas y favorables. La situación de Francia, por el contrario, parecía desesperada al tomar Pétain el mando del Ejército.

Es una de las cuestiones más difíciles a dilucidar la de cuándo ha llegado el momento en que se hace necesaria una intervención de la jefatura del Estado en las operaciones militares. También en esta comparación, entre las crisis de mando francesa e inglesa del año 1917, parece confirmarse lo de que no siempre hay que contar con hallar la mejor solución militar, pero que en cualquier circunstancia es funesto un titubeo en la decisión.

El inmiscuirse en la situación militar pone en peligro la estructura del Ejército y conduce a perturbaciones que pueden tener consecuencias más funestas que las de una operación sólo lograda a medias. En su resultado final, es siempre mejor dejar que ésta prosiga su curso, una vez iniciada, a proceder constantemente a modificarla y corregirla. Contraorden — desorden.

(De «Militär-Wochenblatt».)

La toma de una aldea.

Por el Teniente Dobrunz.

Tres días dura ya la batalla de ruptura; tres días luchan en primera línea los regimientos de fusileros de una división blindada. Se les han agregado zapadores. El trabajo de estos es muy variado. A veces la orden es: «disponerse para el asalto», y entonces se preparan las municiones, explosivos y lanzallamas. Luego se trata de eliminar obstáculos e inutilizar minas o hay que construir barreras. Ya una cosa, ya la otra, y así se continúa días enteros. Dura es la labor, puesto que estamos separados de nuestros vehículos, y los instrumentos se tienen que transportar o en motocicletas o de cualquier forma. Y lo imposible se hace posible. No debe haber nada imposible.

Por la mañana del 2 de junio de 1940, a las 4.30 horas, se forma para el ataque en toda la línea. La 5^a sección de nuestra compañía fué agregada a un batallón de fusileros.

Hasta la noche anterior recibíamos violento fuego de artillería y ametralladora pero, al parecer, el francés se ha retirado durante la noche, porque ahora está todo tranquilo.

El avance prosigue a campo traviesa. ¡El compás es imponente, casi a paso de carrera! Pronto estamos empapados de sudor. Se oyen imprecaciones de soldado: «¡Diablo, no puedes retirarte más despacio!»

Se refieren al francés. Continuamos. El sol es cada vez más cálido, pero no importa, tenemos que seguir avanzando, el enemigo no debe tener ni descanso ni tregua.

«¡Minas!, ¡Zapadores adelante!». La orden se transmite a viva voz por las filas. Es pelotón noveno es el llamado; el jefe de sección le da rápidamente las indicaciones necesarias y avanzando se inutilizan las minas. El cabo y comandante de pelotón da parte a su superior: «80 minas en 35 minutos!»

Los fusileros pasan admirándonos. Y en esta forma continuamos. Al pasar, inutilizamos dos, tres barreras de minas. Sigue callando el fuego enemigo. El silencio es casi inquietante después de las duras jornadas anteriores. El calor continúa y corre el sudor por el rostro y aumentan de peso el fusil, las municiones y el casco. ¡Adelante!

El comandante de la sección de zapadores con sus mensajeros se encuentran delante con la compañía de fusileros. El Teniente y comandante de compañía ostenta la Cruz de Hierro de primera clase que se le concedió en Polonia; corre al lado de sus exploradores. Le sigue inmediatamente el comandante de la sección de zapadores; de este modo, cuando se presenta alguna barrera, puede, sin pérdida de tiempo, dar órdenes a sus pelotones.

¡A las 7,30 horas de la mañana se ha sobrepasado ya el objetivo del día! Y ello a pesar del calor y de los pesados instrumentos. Una sonrisa ilumina las caras de todos. Es otra cosa que tenerse que batir siempre por cada palmo de terreno en aldeas y ciudades.

Pero de pronto el enemigo nos hace fallar los cálculos. ¡Jui, jui! El silbido es de todos conocido y cada uno hace la inclinación correspondiente. ¡Los primeros disparos que la artillería adversaria nos hace este día!

Nos levantamos nuevamente. Pero se nos hace un feroz fuego defensivo. Disparos de piezas de artillería, de infantería, de ametralladora y de fusil: ¡el francés está de nuevo delante! Ante nosotros se halla la aldea B., fuertemente fortificada. Observamos con los prismáticos y comprobamos que se vomita fuego de todos los rincones. Allí hay de nuevo trabajo. En estas circunstancias no se puede dar un paso. Todo el campo delantero se nos presenta a nuestra vista. No hay un metro que no esté barrido por el fuego.

Tiene que actuar nuestra artillería. ¡Ya llega! Primero la ligera, y junto a ella la pesada. Llegan las órdenes de los puestos de mando y comienzan pronto nuestras salvas de respuesta. Se desploman ya las primeras casas incendiándose. Hacemos tiro de preparación contra la aldea para el asalto.

Mientras tanto nos atrincheramos en campo libre. Trabajo difícil en este suelo pedregoso. Salva tras salva del francés. Los sanitarios y médicos tienen que hacer. Los fusileros están agazapados en los hoyos.



Foto: Scherl

La toma de una aldea.

Pero para nosotros, zapadores, no hay descanso. El comandante de sección viene de hablar con él de la compañía de fusileros. «¡Un pelotón de zapadores a la sección de asalto! ¡Suboficial E., prepare su pelotón!» La corta orden basta.

Y ahora sigue una maniobra practicada frecuentemente en tiempos de paz. Cada uno conoce su tarea. Aquí se llenan los cinturones de municiones, allí se colocan granadas de mano en las botas. En los sacos especiales para ello no caben todas, ¡y es siempre mejor tomar más que menos! Sabemos ya el jaleo que se armará en los nidos. Explosivos, todo hay que llevarlo. La vida no es fácil para los zapadores de asalto.

Las 16 horas. Todavía continúa graneando nuestra artillería. De pronto se da la orden de asalto. «¡De las 16,30 a las 17 horas fuego de asalto de todas las armas. Las secciones de asalto tienen que entrar a las 17 en la aldea y mantenerse allí!» Estas son las sencillas palabras que están escritas en la orden que trae debajo de su casco un motociclista lleno de polvo.

La sección de asalto se prepara. ¡Dos grupos de tiradores y uno de zapadores! El comandante de estos últimos actuará también en el ataque. Orden a los zapadores: Por el ala derecha irrumpir con ayuda

de todas las granadas de mano y explosivos que lleven, y luego acercarse de lado hacia los fusileros.

Las 16,30. De todos los cañones silbidos y truenos. A paso redoblado pasa la sección de asalto el campo descubierto. Una ligera depresión del terreno facilita protección. Por unos momentos todo el mundo está tumbado y jadeante. Todavía no nos ha alcanzado el fuego enemigo. Sólo por encima de nuestras cabezas silba la metralla de los nuestros. Continuamos. De pronto se hace fuego de ametralladora del flanco izquierdo contra los asaltantes. Hay que tener suerte, todos salimos ilesos de aquella ráfaga. Poco antes del borde de la aldea se agrupan zapadores y fusileros. Otros 100 o 150 metros y habremos llegado.

Cuatro minutos para las 17. Todo permanece tranquilo, mas nosotros estamos en alerta. Los comandantes de sección y pelotón observan con los prismáticos. Nada se mueve en la aldea.

De pronto cesa el fuego. Son las 17 horas. De un salto se levanta todo el mundo y avanza a paso redoblado. Mas, ¿qué es esto? ¿No se nos contesta? Pero, a los 50 metros recibimos fuego nutrido del frente y por el flanco izquierdo. ¡Gracias a Dios, ahí están! Ahora recuperamos la vieja tranquilidad; sabemos donde se halla el enemigo. A saltos continuamos el avance, casi no disparamos. ¡Los muchachos quieren lanzarse al asalto, no se les puede contener! Vuelan las primeras granadas de mano. V ahora, ¡ay de tí francés! ¡Enseguida estaremos a tu lado!

Los zapadores evolucionan hacia la derecha, se hallan cerca del primer granero. Delante de todos el comandante, sin mirar por atrás. Sabe perfectamente que sus hombres no le dejarán sólo. Le siguen inmediatamente. Ahí, cuando estamos junto a las casas se nos hace fuego de fusil casi a espaldas nuestras. Un juramento. ¿Dónde están los tiradores? Las tenemos que haber con tiradores desde los árboles! El fuego de fusil continúa con la misma intensidad! ¡Dios mío, donde se halla el fulano! «¡Ya lo tengo, a éste me lo cargo!». Con estas palabras se levanta nuestro tirador de ametralladora número 1 y detrás el número 2. Dos pasos atrás por la pradera. Con pasmosa tranquilidad el tirador número 2 se coloca la ametralladora en la espalda, y con la misma impasibilidad apunta el número 1. Rrr, rrr. Por dos veces dispara la ametralladora. Y cae el francés al suelo! «¡Muy bien!». El jefe no dice más palabras. ¡Adelante! Granadas de mano caen sobre las primeras casas, luego se pasa por un granero. El enemigo se retira de casa en casa. Nuestro pelotón no se dispersa. Allí dos hombres penetran de lado en una posición antitanque francesa. Dos granadas de mano y los sirvientes se retiran corriendo. Se queda uno muerto. Detrás de un muro de jardín hay franceses. Se lanzan explosivos, salta madera y, lentamente, se inclina el muro y se desploma. Y de esta forma se continúa. La ametralladora crepita por la calle de la

aldea. ¡Hurra! Pronto habremos pasado. Por aquí no volverá el enemigo. Nuestro comandante de sección alcanza con los de pelotón el otro extremo del pueblo. Campo libre, pero todo tranquilo. Sólo allá adelante en aquella altura aparece en forma amenazadora la silueta de un bosque oscuro.

Han llegado también los fusileros. Por todas partes caras alegres. Rostros bañados por el sudor. Casi es como si cada uno hubiera tomado una ducha.

¡Bumm, bumm! Esto es la artillería francesa que dispara ya sobre la aldea. Pero ya no saca a nuestra sección de asalto.

Se ha cumplido la orden dada. Son las 19,20 horas. El batallón de fusileros limpia y ocupa la aldea y las carreteras a derecha e izquierda. Las últimas palabras del parte del comandante de la sección de asalto son: «¡Sin los zapadores difícilmente hubiéramos conseguido nuestro objetivo!»

Aldeas son la clave de las carreteras. Y sobre éstas, nuestras divisiones blindadas persiguen al enemigo y entran en el corazón de Francia. Y con ellas, en el avance y en el ataque, siempre delante, sus zapadores.

(De «Militär-Wochenblatt».)

Hace mas de un año – en Noruega.

Por el Capitán von Stuckrad.

(Fin.)

Ante nosotros, el valle se esparce un poco, cubierto de una ligera cortina lloviznosa, que nos resulta muy agradable, pues nos oculta a la vista del enemigo. San Pedro mismo nos otorga su protección. Volamos ahora a 200 metros de altura. El piloto ha tomado el pito en la boca. Sus facciones, energicas, demuestran gran serenidad, sin que revelen ninguna emoción interior. La tripulación, en palpitante ansiedad, se ha colocado en las escotillas de lanzamiento, muy juntas a la carlinga. El Cónedor emprende ahora un viraje escarpado. Puedo divisar debajo de nosotros, un campo pequeño en el que se ha derretido la nieve. Allí está la cruz que indica el puesto de lanzamiento. A nuestros pies vemos correr algunos cazadores de montaña, que nos saludan con los brazos llenos de entusiasmo. Saben desde luego que nuestro lanzamiento es decisivo para poder seguir ellos en la defensa.

Es claro como el día, a pesar de que ya ha pasado medianoche. Hacia el oeste, la visualidad es especialmente buena. Mi vista alcanza hasta muy lejos, dentro de los Fiords, y busca con afán la aparición de

un avión enemigo en el horizonte. Al hacerse un nuevo viraje escarpado, el ala derecha del aparato me impide ver a larga vista. El piloto empieza a disminuir lentamente la velocidad de los motores y se dirige, con vuelo lo más lento posible, hacia el lugar de lanzamiento. Suena un pito prolongado. La tripulación, que está detrás, empieza a animarse. Se abren el escotillón, el viento silba introduciéndose por la apertura, desde la que veo, en lo profundo, un extenso peñasco.

Debemos hallarnos muy cerca y casi encima del campo. ¿Por qué no da el piloto todavía la señal de lanzamiento? — Los tres hombres que se hallan detrás de mí, han acercado una gran caja al escotillón. ¿Ha olvidado el piloto el lanzamiento? Con semblante impasible se mantiene en el volante. Ahora, por fin, dos silbidos cortos y agudos. Detrás de mí se oye empujar energicamente. Un ruido sordo. La primera caja acaba de ser lanzada al vacío. Los hombres se han tenido en el suelo y vigilan, desde el escotillón, lo que sucede abajo. Alcanzo todavía ver como se abre el paracaídas y la caja desciende lentamente hacia el valle, luego aparece en una nueva curva un agudo peñasco en el campo visual. Buscamos de nuevo, en el horizonte, aviones enemigos, pero todo respira paz, por lo que continuamos nuestro vuelo repitiéndose el viraje escarpado, los pitos, el ruido apagado de la caída en lo profundo y saludos agradecidos desde abajo. Y siempre de nuevo la busca incansable e interesada de los cazas enemigos.

Por fin ejecutamos el último viraje. Todo sale a pedir de boca. El último saco, conteniendo la correspondencia y chocolate, se lanza también al vacío. Semblantes acalorados pero radiantes de alegría detrás de mí, ya que también éste pequeño golpe contra los «Tommies», ha sido llevado a cabo con buen éxito. Saludamos una vez más a los cazadores de montaña y cerramos el escotillón. Estoy a punto de arrebararme cómodamente en mi asiento, cuando distingo a la derecha, encima del Fiord, un monoplano en dirección a nosotros: «¡El Tommy a nuestra derecha!» le grito al piloto. Y empieza una corrida loca. El piloto vuela a toda marcha, de manera que los motores hacen un ruido estrepitoso e infernal, impeliendo la máquina hacia adelante. Apretujados casi a ras de suelo de la cañada, emprendemos apresurada marcha, metiéndonos en un estrecho desfiladero. Hacia la izquierda se abre un valle. En aventurado viraje escarpado, lo pasamos; ahora, a la derecha, otro valle. El piloto hace virar rápidamente el aparato, pasa como un disparo a su largo, torciendo en el próximo peñasco, pegado al mismo, en dirección al sur. Parece como si el avión rozara con sus alas las paredes rocosas. No se ve ni traza del enemigo — respiramos algo aliviados — pero ya el radiotelegrafista nos llama desde atrás, mostrándonos a nuestras espaldas el monoplano a bastante altura. Parece haber-nos perdido de vista y se ha elevado para poder orientarse mejor. Nos dirigimos otra vez hacia la izquierda, pero debemos cruzar una planicie

nevada — el piloto aprovecha todas las elevaciones para cubrirnos — pasando luego sobre una aguda cresta a otro valle y en vertiginosa carrera seguimos sus estrechas serpentinas. El piloto vuela como un «as». La ligera sonrisa que asoma en sus labios, demuestra que está seguro de lo que hace. No es la primera vez que vuela en estas regiones: éste es su decimoséptimo vuelo a Narvik. Poco a poco moderamos la marcha de los motores. Hemos logrado librarnos del caza enemigo. La tripulación sonríe satisfecha y está orgullosa de su rápido avión y de su buen piloto.

«¡Hay café!» avisa el mecánico, aportándonos su «termos» prometedor. La sabrosa y caliente bebida nos viene a pedir de boca. Es más de la una de la noche y es claro como el día. Al oeste aparece ya un resplandor rosado. Hora tras hora, nuestro buen avión nos acerca de nuestro punto de partida. A las 4³⁰ h estamos de vuelta a nuestro puerto aéreo, satisfechos de nuestro trabajo, orgullosos de nuestro aparato — pero también extremadamente cansados.

De esta manera me fué posible ver prácticamente, en un vuelo, lo que en Noruega un pequeño número de tripulaciones de élite, con infatigable celo, consiguen realizar, luchando contra la nieve y el hielo, a una distancia de 2.000 kilómetros de su patria, para aportar ayuda a los que combaten para asegurar la victoria a Alemania. Estas tripulaciones contribuyen de manera decisiva al éxito de la lucha empeñada en Narvik.

La inclemencia del tiempo impide toda acción en ayuda de nuestras propias tropas. Siempre de nuevo se envían nuevas fuerzas de apoyo, pero muy antes de llegar, se vieron obligadas, debido a las espesas nubes, a dar la vuelta, sin haber cumplido su cometido. El 29 de abril se recibe un radiograma en el Mando, en el que se anuncia que el grupo Dietl se había retirado a otra posición más favorable. Los ingleses han emplazado piezas, dirigiendo su fuego contra las tropas alemanas. Fué enviado un avión Cónedor para combatir dicha batería. Anunció impactos que tuvieron como consecuencia un aligeramiento inmediato de la situación. El enemigo continúa aportando siempre nuevos refuerzos, mientras que nuestros cazadores de montaña se mantienen en las ralas líneas avanzadas, sin poder soñar, ni remotamente, en ser relevados. En la nieve y en las cuevas se cobijan estos soldados que permanecen con frecuencia durante varios días sin probar comida caliente, debido a que el reabastecimiento en aquel extenso sector es sumamente difícil y se ve siempre y de nuevo dificultado por los ingleses.

II.

El 50 de abril, radiogramas de Narvik solicitan urgentemente auxilio contra las tropas desembarcadas enemigas. La situación atmosférica no permite emprender ninguna acción. Todas las unidades de bombarderos



Foto: Weltbild

La región de Narvik en verano.

disponibles son empleadas contra el buque-portaaviones, cuyos aparatos empiezan ya a molestar seriamente los vuelos de nuestros aviones de transporte. Incluso las unidades aéreas de combate son frecuentemente atacadas en sus operaciones, por cazas modernos ingleses. Las primeras pérdidas sufridas fueron debidas a ellos. También en las luchas terrestres intervienen los aviones ingleses, aún cuando, debido a lo accidentado del terreno, no logran grandes resultados. Una batería antiaérea liviana, ha sido formada por artilleros antiaéreos, cuyas piezas fueron hundidas por los ingleses durante el transporte, y piezas de cañón de los diez contratorpederos desmontadas y recomuestas. Sirve de cúralo todo. Donde hace falta artillería, dicha batería, con sus piezas, acude a la lucha, lo mismo si debe ser utilizada contra blancos navales, contra puntos de apoyo del enemigo o como defensa antiaérea durante los ataques aéreos; siempre y en todos los casos acuden los soldados con sus piezas livianas, procurando que den lo más, y mejor posible. Consiguen que el enemigo se vea obligado a efectuar sus vuelos a gran altura y debe evitar el vuelo rasante. Varios aviones enemigos que se atrevieron a efectuar un vuelo a baja altura fueron víctimas de los disparos certeros de nuestras piezas milagrosas. Para impedir el libre movimiento de los buques de guerra británicos en los fiords al oeste de Narvik, y para estorbar el ataque de los contratorpederos ingleses en el fiord de Rombakken, se utilizan hidroaviones para el sembrado de minas. Ejecutan su cometido con éxito, pero no consiguen formar una

barrera completa debido a que el enemigo emplea buques dragaminas que eliminan la barrera.

Mil soldados pertenecientes a los cazadores de montaña de la División Dietl, que se habían quedado en Drontheim, se ofrecieron voluntariamente para descender con paracaídas para poder, de cualquier modo que fuera, volar en ayuda de su división. Llega además un batallón de tropas paracaidistas, que había terminado su misión en Holanda.

Uno tras otro se lanzan de los Ju 52 en la zona del combate, acompañados de aviones destructores de gran autonomía; los Ju vuelan a Narvik, llevando a bordo los paracaidistas. Casi sin experimentar pérdidas, el batallón aterriza. Aporta el refuerzo necesario y es empleado seguidamente en el punto más algido de la lucha, en la zona situada frente a Narvik. Allí hubo de replegarse hace poco tiempo, ante el violento ataque de fuertes fuerzas aliadas. En enconada lucha los cazadores de montaña hubieron de retroceder, paso a paso, a lo largo del ferrocarril minero. Y sólo después que los ingleses hubieron conseguido desembarcar más tropas en el sur, se vió obligado todo el frente a retirarse de sus posiciones, a fin de que no se vieran copadas parte de sus tropas. El refuerzo aportado por el batallón de paracaidistas dió a esta zona de combate cierto alivio. Pero tanto más presionaba ahora el enemigo en otros sectores. Especialmente violenta era la presión ejercida en el nordeste. Allí, fuerzas noruegas intentaban avanzar hacia la frontera sueca. Algunas altura hubieron de ser evacuadas. La fatiga de nuestras tropas es grande, ya que no puede ni pensarse en un relevo.

Hay que aterrizar cazadores de montaña. La situación no permite esperar ni un momento. Los preparativos se hacen activamente, pero la situación atmosférica da al traste con ellos. Al primer ensayo, los aviones deben regresar sin haber llenado su cometido. Sólo poco a poco logran aviones aislados, y después también algunos grupos de tres, realizar el vuelo y aportar el anhelado refuerzo. El comandante de artillería de la división de montaña se halla en Drontheim y no puede seguir a su división. Es un teniente coronel que cuenta 56 años y se decide llegar a Narvik por el mismo conducto adoptado por los 1.000 hombres de los cazadores de montaña voluntarios. Y un buen día está con los paracaidistas que esperan en Drontheim y se deja demostrar exactamente el manejo del paracaídas. Cuando, en uno de los días siguientes, los primeros cazadores de montaña paracaidistas suben al avión, sube también el teniente coronel en uno de los aviones. El tiempo era otra vez sumamente desfavorable. De los diez aviones que emprendieron el vuelo, sólo cuatro llegaron a su destino en Narvik. Los demás se vieron obligados a regresar a Drontheim, sin cumplir su cometido. En uno de los Ju 52 que llegaron a su destino, se hallaba el comandante de artillería. Sobre el lugar de descenso, salta junto y lo mismo

que los demás soldados, todos jóvenes. Por cierto que cuando el salto dado por el teniente coronel resultó con buen éxito, vió que el jefe había desgarrado las dos manijas que se hallan situadas a derecha e izquierda de la puerta del Ju 52, conservándolas en sus manos. Entre el Grupo Narvik y el Mando en Drontheim, existe sólo una comunicación radiotelegráfica para la transmisión de los partes y órdenes. Para establecer un contacto más estrecho, se agregó al Grupo Dietl un capitán perteneciente a la plana mayor del Mando en calidad de oficial de enlace del arma de aviación. No existiendo otra posibilidad de transporte, hubo de volar de Drontheim a Narvik sirviéndose para ello de un helicóptero «Fieseler Storch». Durante el vuelo, que duró varias horas, logró, dicho oficial, a pesar de la escasa velocidad del aparato y del permanente peligro de ser sorprendido y atacado por cazas ingleses, llegar al lugar de aterrizaje de Narvik. Sus dimensiones eran tan reducidas, que apenas tenía el aparato espacio suficiente para aterrizar. Ciento que el avión sufrió desperfectos al aterrizar, pero el oficial de enlace había llegado a su destino, pudiendo desde allí prestar sus consejos profesionales para el empleo de las tropas, dar noticias exactas sobre las condiciones atmosféricas e indicar, caso necesario, nuevos objetivos a las unidades aéreas de combate que iban llegando.

Nuestro reconocimiento aéreo pudo comprobar que, además del campo de aviación de Bardufoss, los ingleses han construido otros de circunstancias. Los ingleses emplean últimamente los cazas más modernos. Aparecen Spitfire y Hurricanes. Van pintados de un nuevo color de enmascaramiento que, simulando capas de nieve y sombras bruscas, dificulta grandemente su identificación. Su aparición exige la protección constante de nuestras unidades de aviones de combate y de transporte, por aviones destructores. Ello implica mayor dificultad en la conducción del combate, pero también se consigue vencerla con éxito.

En Bodó, al sur de Narvik, y en la costa, nuestros aviones de reconocimiento dan con una pista de despegue de madera. La pista está ocupada por varios, al parecer, cazas ingleses. Muy cerca a la pista se halla una gran estación de radio que es utilizado como radiogoniómetro por los aviones enemigos y al mismo tiempo, como emisora de propaganda, que trata de envenenar los noruegos y establecer el enlace entre la zona ocupada y el resto de Noruega. El 27 de mayo esta emisora se ve atacada y tan seriamente averiada por el grupo de Stukas de Drontheim, que no continúa siendo utilizada por el enemigo.

En esta época se recibe del Grupo Dietl la noticia de que, al norte de Narvik, el enemigo ha desembarcado unidades de carros de combate. La exploración aérea aún no ha conseguido descubrirlos. Como lo permita el tiempo, se realiza, de día y de noche, el apoyo al Grupo

de Narvik. Tanto mayores son las fatigas realizadas por la tropa, que ni siquiera puede ya disponer de la oscuridad para tener algún descanso. Este constante estado de disponibilidad es lo que más agota las tropas. La situación se agudiza más y más. Las noticias que se reciben son siempre más alarmantes. Paso a paso, los cazadores de montaña de Narvik deben retroceder a lo largo del ferrocarril minero, y de túnel a túnel. Cada posición que se ofrece a los defensores, es mantenida hasta lo último. El enemigo continúa desembarcando numerosos refuerzos, viéndose, además, fuertemente apoyado por cruceros y contratorpederos que, navegando en los fiords, toman bajo fuego las posiciones alemanas, que se hallan situadas enfrente en la vertiente. Estas últimas disponen, en efecto, de algunas piezas de 2 centímetros, pero no pueden paralizar el fuego del enemigo. Por el contrario, atraen aún más la atención del enemigo. La pérdida de tan preciados cañones sería especialmente sensible, por no poder ser ya más empleados a su verdadero fin, o sea, a proteger la tropa contra ataques rasantes aéreos del enemigo.

El tiempo continúa siendo desfavorable. Las formaciones se mantienen hora por hora en disponibilidad para emprender su vuelo, tan pronto como se note una mejora del tiempo. El 3 de junio, la situación ha empeorado todavía más. No viéndose molestados por la aviación alemana, los ingleses establecen nuevas bases aéreas, desembarcan más fuerzas y continúan reforzando por medio de un reabastecimiento sistemático y continuo, el frente que combate al Grupo Dietl. Muchos son los objetivos importantes de que se dispone, pero el mal tiempo continúa impidiendo la acción eficaz de las fuerzas aéreas. El refuerzo necesariamente lento e insuficiente de tropas paracaidistas no aporta ningún alivio decisivo a los cazadores de montaña, empeñados en tan designial y continua lucha contra una superioridad numerosa y de armamento aplastante; por el contrario, a la larga, causa mayores dificultades en su reabastecimiento.

Por fin parece poderse contar con tiempo más favorable. Se procede a hacer todos los preparativos para poder llevar a cabo una acción decisiva. Las unidades de aviación reciben sus órdenes de ataque. Aviones destructores esperan ser llamados para prestar escolta de protección. Están, sobre todo, destinados a cubrir la zona aérea sobre el campo de aterrizaje de Narvik de toda acción enemiga contra nuestras Ju 52. La anunciada mejora de tiempo no se ha efectuado todavía. El ataque debe retrasarse de nuevo por algunas horas. De los campos de aviación de Oslo han salido aviones Cóndor para, junto con los Ju 52 de los paracaidistas, aparecer sobre la zona de combate de Narvik y lanzar su carga. A pesar de hallarse de camino desde algunas horas, deben regresar, a fin de que no lleguen sin la protección de los destructores. El tiempo continúa malo. El 4 de junio tampoco puede contarse

con su mejora. La orden de ataque de las unidades que se mantuvieron disponibles durante todo el día, se anula.

Al siguiente día se intenta de nuevo realizar un ataque contra las posiciones y los transportes de buques británicos. Las unidades de combate reciben la orden de emprender el vuelo en grupos de tres, con intervalos de tiempo y sucesivamente, e intentar volar, fuera del alcance de los antiaéreos de los buques británicos, y ensayar de acercarse a Narvik. El centro del ataque debe ser, sobre todo, el enemigo, que ataca fuertemente por el ala oriental, y las posiciones de artillería situadas en el centro del frente enemigo deben ser bombardeadas.

III.

En aquellos días, el grupo Feuerstein, que avanza desde el sur, ha llegado a su segundo campamento. En la zona de las altas montañas, estas tropas procuran, luchando, tomar contacto con el Grupo Dietl. Por medio de hidroaviones se lleva a cabo el reabastecimiento. También esta empresa parece estar condenada a fracasar. Desde hace ya dos días, el tiempo impide la utilización de hidroaviones para el transporte de víveres y municiones de aquel grupo. El avance, por esta causa, se hace más lento. Para la comida de esta tropa, es necesario aportar diariamente 2.000 raciones, para lo cual se necesitan, tres hidroaviones. Siendo el aprovisionamiento de esta atrevida expedición solamente posible por el aire, su éxito depende del tiempo.

Siempre de nuevo se intenta aliviar la situación del Grupo Dietl por el empleo de unidades de aviones de combate. De ser el tiempo favorable, se tiene planeado, para los próximos días, un nuevo ataque contra el campo de aviación de Bardufoss, para acabar de una vez con las constantes molestias por los aviones ingleses. Nuevos grupos de a tres de aviones deberán ser empleados en apoyo del Grupo Dietl. De nuevo son considerados como blancos principales las posiciones de artillería enemiga de Skidalvand, un puente en construcción y el enemigo mismo en el punto 620, muy cerca de la frontera sueca. Este punto 620 aparece ahora con mucha y mayor frecuencia en los partes, debido a que allí y a lo largo de la frontera de Suecia, tienen lugar empeñados combates por la posesión de las alturas dominantes.

Como desde hace ya algunos días no han aparecido ningunos aviones alemanes sobre la zona de combate de Narvik, se pone especial empeño en el empleo de unidades de aviones de combate. Junto al apoyo material debe también y sobre todo prestarse un apoyo moral a nuestras tropas, empeñadas en encarnada lucha. El tiempo continúa siendo desfavorable. En el largo recorrido entre Drontheim y Narvik, puede variar el tiempo varias veces y las tripulaciones que emprenden el vuelo por la mañana en Drontheim no saben si pueden o no contar con tiempo favorable para el aterrizaje y para el eventual regreso. La

situación atmosférica varía tan rápidamente, que, incluso los blancos desaparecen siempre y de nuevo entre las nubes y la neblina, cuando los aviones han conseguido llegar por fin sobre Narvik.

Las acciones de los días siguientes se reducen a enviar sucesivamente aviones aislados, por esperar que estos pocos aviones conseguirán lanzar bombas con mejor éxito que una unidad cerrada. Especialmente los aviones de transporte son empleados constante y separadamente. En Narvik se hace sentir la falta de municiones, y las municiones son, ahora, más importantes que soldados.

La presión ejercida por el enemigo a lo largo de la frontera sueca, va siempre en aumento. Las unidades de aviones de combate, deben atacar en la primera ocasión que se les ofrezca. Bajo una lluvia torrencial los aviones se preparan al vuelo. La orden de salida no llega. Las tripulaciones se hallan todas en los aviones. En el preciso momento en que debía ser dada la orden de partida, llega una contraorden. La situación en Narvik se ha modificado de tal manera que toda la acción planeada debe ser reorganizada. La presión del enemigo sobre el ala derecha es tan grave, que los aviones de combate deben, en esta parte del frente, intervenir en la lucha terrestre. Al mismo tiempo, contratoperadores ingleses disparan contra las posiciones alemanas del ferrocarril minero, donde los paracaidistas resisten impávidos el asalto del enemigo. Este fuego de flanco es especialmente desagradable, porque impide todo enlace en el frente. Por tal causa, se hace imprescindible también allí el apoyo de las unidades aéreas de combate. Al mismo tiempo veinte Ju 52 deben lanzar paracaidistas y municiones. Para cubrirlos contra los cazas ingleses, se emplean al mismo tiempo aviones destructores. La acción intentada se lleva a cabo, aún cuando el tiempo es muy desfavorable. Muchos aviones se ven obligados a regresar sin haber llenado su cometido. Unicamente algunos Ju 52 logran llegar hasta Narvik y lanzar las tan necesarias municiones. La acción de gran envergadura, tan cuidadosamente preparada, no pudo, como pasara en otros días, ser llevada a cabo con éxito decisivo, debido al mal tiempo.

Mientras se procede de nuevo a los preparativos para la acción venidera, cae en medio de la tensión creada por tan difíciles momentos, la nueva de que el enemigo ha retrocedido a lo largo del ferrocarril minero. Un parte sigue a otro. La situación táctica, es, al principio, poco clara. Una noticia dice que desde Narvik suena gran estruendo de cañonazos. Según se desprende de las siguientes partes recibidas, un contratoperadero británico hace fuego contra la población. Nosotros que estamos lejos, no comprendemos por qué los ingleses disparan de repente contra su propio sector. El siguiente parte anuncia que el contratoperadero ha abierto fuego contra unos pequeños botes que se hallaban en el fiord Rombakken, habiéndolos hundido. ¡Son franceses y polacos quienes se acercaron a contratoperadero británico! ¡Pero éste, sin

escrúpulos ni misericordia, empieza a disparar contra sus propios aliados! ¿Es que ha estallado una rebelión, o cuál es la causa de tan bárbaro proceder?

Todas las formaciones tienen que estar en disponibilidad de media en media hora, ya que, según parece, el tiempo debe mejorar hacia el atardecer. Un avión de reconocimiento anuncia la presencia de un buque portaaviones en la zona de Narvik. Lo vigila de cerca pero debe ser reemplazado debido a que el combustible no alcanza lo suficiente. Un Cónedor tetramotor, que se halla a la altura de las Lofotes, recibe por radiograma la orden de reemplazar al avión explorador en la vigilancia del buque portaaviones, que parece hallarse a 100 millas marinas, al oeste de las islas Lofoten. El tiempo ha continuado mejorando. Los paracaidistas reciben, asimismo, la orden de lanzarse sobre Narvik hacia la medianoche. Aviones destructores deben acompañar y proteger la acción.

El grupo Narvik da parte de que nuestras tropas avanzan sobre Narvik. Los partes relativos a los puntos alcanzados varían tan rápidamente, que las unidades reciben la orden de no intervenir de ninguna manera en los combates terrestres. Transcurrida otra hora, el oficial aviador de enlace, anuncia que las tropas alemanas prosiguen su avance hacia Narvik. La población parece estar libre de tropas enemigas. Las primeras patrullas exploradoras han entrado en la población.

Al anochecer se recibe, de la marina de guerra, el parte de que el buque portaaviones británico «Furious» ha sido hundido por unidades de la flota alemana. En la plana mayor reina gran regocijo. Todo el mundo parece haber podido librarse de una pesadilla. Solamente ahora se siente la excitación nerviosa de los últimos días y se da cuenta de los esfuerzos que ha exigido el apoyo del Grupo Dietl. Las unidades aéreas, enviadas contra el buque portaaviones enemigo son llamadas, ya que su intervención se ha hecho superflua.

A las 23¹⁰ horas de este memorable día del 8 de junio, llega al puesto de mando de Drontheim el último parte de combate del Grupo Dietl: «El enemigo se retira en toda la línea».

Los triunfos alemanes en Francia tuvieron sus consecuencias hasta Narvik. La derrota y destrucción del Ejército expedicionario inglés en el norte de Francia, obligó a los ingleses a reunir todas las fuerzas que les quedaban disponibles. Ya no pudo sostener sus tropas en Noruega que desde hace un mes luchaban sin éxito decisivo sufriendo ellas como las unidades navales británicas empeñadas otras graves pérdidas y sabiendo que una vez llegados los refuerzos alemanes estaban expuestos a una derrota segura, ya que, a pesar de su superioridad aplastante en hombres y material de guerra, no habían podido triunfar a tiempo sobre los valentísimos soldados alemanes de Narvik.

(de «Berliner Börsenzeitung».)

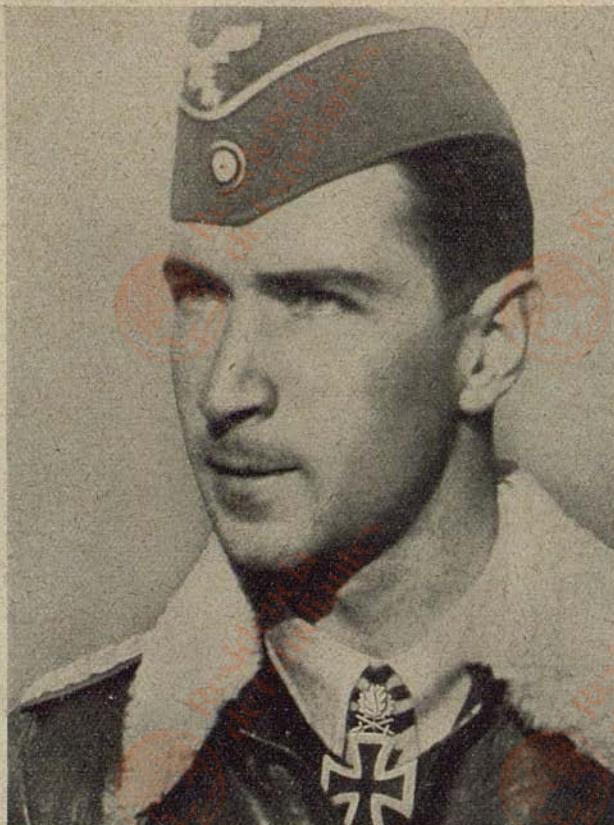


Foto: Scherl

Teniente Coronel Mölders
vencedor en 115 combates aéreos.

El Comando en Jefe alemán comunicó el 16 de Julio: Ayer, en los combates en el frente oriental, el Teniente Coronel Mölders, Comodoro de una escuadra de cazas, derribó 5 aviones soviéticos. Con estos ha derribado en la guerra actual en total 101 aviones enemigos e, incluyendo los 14 derribados en la campaña de España, ha obtenido 115 victorias aéreas. El Führer y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas Alemanas ha conferido a este ejemplo de heroísmo de la Aviación alemana y mejor aviador de caza del mundo la más alta condecoración por valentía, las Hojas de Roble con Espadas y Brillantes de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

La Escuadra Mölders ataca.

En cuatro días derriba 199 aparatos soviéticos, entre ellos 177 de bombardeo.

Por Eugen Preß, Corresponsal de Guerra.

Frente oriental, a principios de Julio de 1941.

Incalculables son las pérdidas en aeroplanos que el Ejército bolchevique ha sufrido en los primeros días de la campaña, ya en combate aéreo, ya en el suelo. En los primeros cuatro días una sola escuadra de cazas alemanes alcanzó, en ataque contra unidades de caza y de bombardeo, éxitos no conocidos aún en la guerra aérea moderna. Nos referimos a la escuadra de cazas del Teniente Coronel Mölders que, hace algunos días, fué condecorado por el Führer con las «Hojas de Roble y Espadas». Tan sólo en cuatro días la escuadra derribó 190 aeroplanos soviéticos en combate aéreo, mientras que en el suelo destruía, con armas de bordo, unos 150 aparatos más, causando averías en otro gran número de ellos.

Mientras que en sus propios aeródromos encontraban rápido fin, sobre todo, aparatos de caza rusos, la mencionada escuadra conseguía derribar, en el mismo tiempo, 177 aviones de bombardeo, ofreciendo, con ello, a las columnas de ataque alemanes la posibilidad de avanzar desplegados. En la mayor parte de los casos, los aviones de bombardeo rojos pudieron ser derribados sobre su propio territorio, sin darles tiempo a que lanzaran sus bombas, de forma que los que caían en llamas, o las bombas que descargaban en casos de apuro, ocasionaban gran destrozo entre las mismas tropas soviéticas. Así, sus escuadrillas a tiempo ofrecían combate a los bombarderos soviéticos, consiguiendo en la mayoría de los casos aniquilar por completo unidades enteras de aeroplanos rusos. El primer día fué atacado un grupo de 55 aviones de bombardeo «Martín» al norte de Brest Litovsk, y sólo pudieron salvarse 4 de ellos. En la tarde del mismo día, cerca de Tersespol, se desplomaban todos los nueve aparatos de otra unidad y, un día después, las armas de bordo de sólo seis Messerschmitt barrían otra de 15 aparatos que se disponían a atacar a tanques alemanes.

El record de puntería en un solo ataque lo batió un sargento en la mañana del 22 de Junio, derribando cuatro bombarderos «Martín» seguidos. Notable éxito tenía también un teniente que, a pesar de ser herido, derribó siete aparatos en un solo día. A éste sigue un oficial

muy joven que, por primera vez en combate, derribó seis aviones de bombardeo «Martín», y otro teniente que, con cinco victorias aéreas en un solo día, se presenta asímismo como notable miembro de la escuadra Mölders. A pesar de la desesperada defensa de los «Ratas» y «Curtis», los combates con los cazas soviéticos resultaron siempre victoriosos para los aparatos «Messerschmitt». Recientemente, el mismo comodore de la escuadra Teniente Coronel Mölders consiguió derribar 3 modernos aviones de bombardeo soviéticos más, de manera que ascienden a 115 sus victorias.

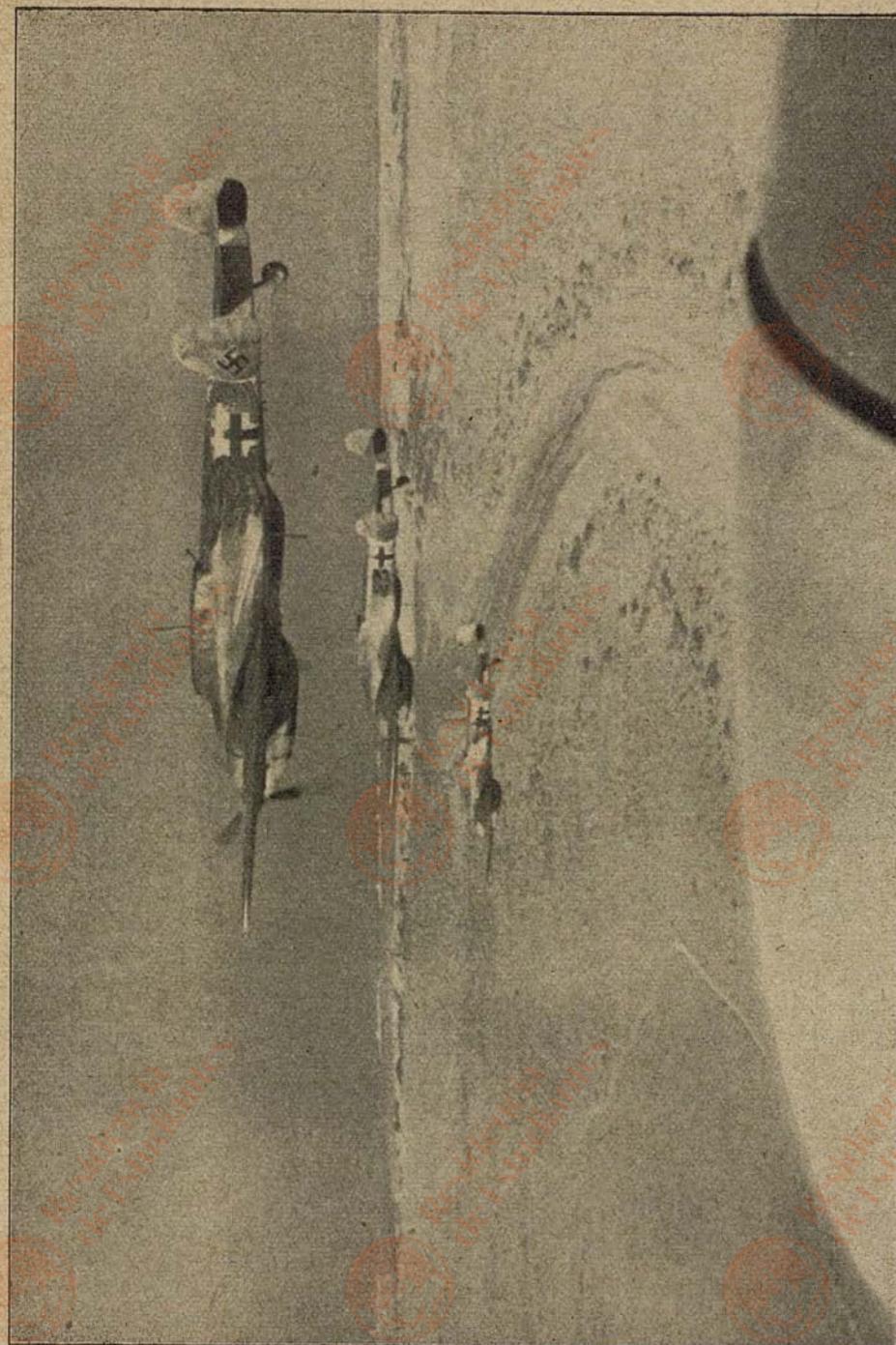
El avión destructor bimotor.

La revista suiza «Flugwehr und Technik» ofrece en su número del mes de abril un artículo titulado: «El desarrollo del avión destructor bimotor». En dicho artículo se dice, con relación a Alemania:

«En Alemania, los trabajos de construcción de aviones destructores bimotores, parecen haber empezado en 1936. Las características de los aviones de uso múltiple, tal y como las presentaran todavía los aparatos franceses y norteamericanos, fueron completamente eliminadas. En su lugar fueron adoptados para el nuevo tipo de avión destructor y ello ampliamente, las propiedades importantes para la táctica de los modernos cazas monoplazas. Gran importancia fué concedida al armamento axial fijo, en cuyo montaje y dotación de municiones, Alemania había emprendido nuevos derroteros. Este hecho contribuyó grandemente a que Alemania, en sus aviones destructores, haya creado un arma que, tanto en sentido de la táctica como de la técnica, ha superado y es muy superior a los aviones militares de sus enemigos. La actual guerra ha demostrado, manifiestamente, que la interpretación de los alemanes respecto a las propiedades que debían distinguir a los modernos aviones destructores bimotores, era muy acertada, lo que queda ya demostrado en el hecho de que todos países, beligerantes o no, se esfuerzan en construir aviones destructores parecidos, y de ser posible, perfeccionados.

A continuación, pasa el articulista a ocuparse de los tipos Messerschmidt 110 y Focke Wulf 187. Y en el capítulo dedicado a Inglaterra, continúa diciendo:

«Inglaterra no posee hasta ahora ningún avión destructor de construcción propia, y está haciendo en grandes esfuerzos para alcanzar e gran adelanto alemán.»



Aviones alemanes Me 110 volando sobre el Desierto de Libia.

Foto: PK-Sturm PBZ

Algunas opiniones sobre la conquista de la Isla de Creta.

La toma de Creta, y especialmente el procedimiento adoptado por los alemanes para conseguirlo, ha producido en general gran impresión por su novedad y atrevimiento.

El «Yorkshire Post», periódico del Ministro Éden, ha escrito a este respecto lo siguiente:

«La campaña de Creta fué llevada a cabo por los alemanes con un magnífico empleo de la aviación, hasta ahora desconocido, e Inglaterra debe salir al paso de esta nueva táctica de la guerra aérea con métodos completamente nuevos, porque de lo contrario serán incalculables las consecuencias del fracaso de Creta . . .»

El ingenio y el entusiasmo han hallado en Alemania mayor campo abonado que en Inglaterra. Esto puede parecer increíble; pero la campaña de Creta permite reconocer una asombrosa e ingeniosa preparación, cuya magnitud y competencia técnica no han sido igualadas hasta ahora . . .»

Al mismo tiempo hay que declarar abiertamente que el Ministerio de la Guerra ha llegado a reconocer demasiado tarde la importancia de los paracaidistas y de la infantería aérea. Hasta ahora no hay detalles que indiquen que el mando británico haya reconocido el peligro de una acción de desembarco aéreo, inmediatamente después de un violento ataque de aviones de bombardeo en picado. Esta acción de asalto a aeródromos es una nueva idea que se tiene que combatir empleando avión contra avión y no un par de ametralladoras alrededor del campo de aterrizaje. Se ha dicho repetidamente y en diferentes ocasiones, que las tropas paracaidistas podrían ser eliminadas sin grandes dificultades, y que los aeródromos serían muy difíciles de destruir. Creta demuestra sin embargo que no es cierta ninguna de estas afirmaciones.» . . .»

El correspondiente militar del periódico danés «Politiken» escribe en un artículo titulado «Los nuevos métodos de guerra»: «La guerra actual demuestra que los alemanes se han aprovechado mejor que sus enemigos de las experiencias de la Guerra Mundial. Por ellas Alemania ha preparado a su ejército con la mirada clavada en la ofensiva estratégica. La supremacía de la aviación germana» — así continúa — «le ha proporcionado en las diferentes campañas de esta guerra, el dominio absoluto del aire, por cuyo motivo se desarrollaron sin obstáculos las operaciones terrestres. Protegidos por Stukas y artillería pesada, motorizada, las divisiones de tanques se han infiltrado entre las líneas de defensa adversarias, y las han roto. Con ello el mando alemán no

ha obrado según un determinado esquema sino que ha variado la táctica, de completa conformidad con las diferentes condiciones de los extensos campos de batalla desde el círculo polar ártico hasta los desiertos africanos. Para los ingleses la conquista de Creta ha sido más sorprendente que todos los anteriores acontecimientos de esta guerra. El hecho de que esta isla pudiera ser conquistada por un ataque desde el aire es un trascendental acontecimiento en la historia de la guerra. Los ingleses dispusieron de más de medio año para preparar la defensa de la isla, separada del continente heleno por una amplia zona marítima. Y no obstante los alemanes, mediante paracaidistas e infantería aérea echaron a los ingleses de esta posición estratégica, tan importante para el dominio naval británico en el Mediterráneo Oriental y para la guerra en el Cercano Oriente.

Una opinión neutral sobre Winston Churchill.

El colaborador parisino de la Prensa escandinava hace una descripción del Presidente de Ministros inglés bajo el título: «Churchill, enemigo irreconciliable de Alemania», y le presenta en toda su falta de carácter y en su apasionada ambición de desempeñar un papel militar.

En el artículo en cuestión se dice, entre otras cosas: «Antes de la guerra, Churchill era frecuente huésped de París. Tenía una íntima amistad con los dirigentes y viejos políticos franceses, especialmente con León Blum. Pronunció muchos discursos, intrigó y preparó la guerra. En la prensa francesa de aquel tiempo se le ponderaba como a un héroe... Hoy día tiene 66 años y es hijo de un Lord y de una norteamericana. Por tanto es medio yanqui lo que hace comprensible que quiera hacer a Inglaterra una colonia de los Estados Unidos. Es un descendiente del Duque de Marlborough y sobrino del Virrey de la India. Se ha educado en las más caras escuelas británicas aunque, sin embargo, en sus «Memorias», concede él mismo que siempre era el último en la clase. Fué cadete en Sandhurst, pero se le tumbó dos veces; a la tercera lo consiguió. Una vez llegó a ser oficial de caballería, se precipitó en un aventurero remolino de campañas y partidas de polo. Ha considerado siempre la guerra como un deporte, y la actual conflagración es también un deporte para él, un partido de boxeo, con Inglaterra de apuesta. Estuvo gustosamente en todas partes donde había guerra, pero prefirió casi siempre ser corresponsal militar del «Morning Post». Adora la guerra y la aventura: «¡Qué delicioso hubiera sido tener solamente en 1795, 19 años para tener por delante

más de 20 años de guerra!» afirmó. Esta sola frase demuestra quién es Churchill en realidad . . .»

Su primera aventura bélica la pasó en Cuba, después fué a la India. En este lugar perdió — según dice él — por completo su antigua repugnancia al whisky. Los métodos brutales de guerra le gustaban por lo visto. «Era — así dice — extraordinariamente emocionante y agradable para aquel que no cayó o que no fué herido.» En el informe parisino de la Prensa escandinava se dice después: «En su impetuoso deseo de aventuras sangrientas, de constantes sensaciones y de exhibición en público, consiguió su «participación» en la campaña del Sudán, a pesar de que Kitchener no lo quería. Su mayor autobombo consiguió con su «actuación» de corresponsal del «Morning Post» durante la guerra de los boers. El periódico londinense «Star» opinaba irónicamente que se tenía que estar en dudas de si el vencedor había sido Churchill o el Mariscal Roberts con sus soldados. El ha escrito un libro sobre sus «heroicidades» cuando fué hecho prisionero y huyó por territorio portugués. Fué precisamente este libro que le dió tanta popularidad que consiguió llegar hasta los escaños del Parlamento. ¡Y luego quiso ser político! En su vida de soldado no había visto deber alguno sino sólo un deporte; de esta misma forma consideraba también la política . . .»

«En el Parlamento entró con el Partido Conservador, que tenía la mayoría. ¡Pero cuando llegaron las elecciones y los liberales tenían más probabilidades de éxito se pasó a ellos! Los que habían sido hasta entonces sus amigos conservadores le demostraron su desprecio abandonando la sala toda la fracción que constaba de 250 diputados, cuando él pronunció su primer discurso en el Parlamento. Los liberales triunfaron y Churchill recibió el pago por su falta de carácter al ser nombrado Subsecretario de Estado. Como conservador había manifestado su admiración por «los pocos centenares de familias que habían gobernado Inglaterra durante muchas generaciones». Había reconocido también la importancia de la religión para las clases pobres que no podían llevar en esta tierra una vida holgada, pero que, en cambio — según lo manifestó cínicamente —; estaban satisfechas con la idea de un mejor futuro en la eternidad! Como «liberal» juzgaba las cosas en forma distinta: Si triunfa el partido de los reaccionarios, es decir de los conservadores, entonces no hay que esperar otra cosa que una política de intereses, corrupción en la política interior, encarecimiento del nivel de vida para la masa y abaratamiento en cambio de la mano de obra para los millonarios. Churchill continuó haciendo carrera: fué Ministro de Comercio y del Interior. No obstante podemos saber cómo se le juzgaba entonces de las manifestaciones de un fiscal que declaró en una sesión del Tribunal: «El es un Don Nadie si deja todos sus pomposos títulos! No es otra cosa que un político de profesión, un

político para ganarse el sustento y un hombre con una cara dura increíble y con un juego de colores asombroso, en una palabra: ¡un individuo con una frescura endiablada!» A esta opinión de un jurista británico no se necesita ciertamente añadir nada.

La prensa escandinava continúa diciendo después: «En 1911 fué Primer Lord del Almirantazgo con la misión de preparar a la flota para la próxima conflagración con Alemania. Esta era una tarea de su agrado. Ahora olía humo de pólvora. En la guerra veía él su «oportunidad». Ya no debía desempeñar más el pequeño papel sino el «gran derby» — como lo llamaba él mismo. Ahora podía mover Flotas y grandes Ejércitos y hasta todo el Imperio británico. «Churchill fué Jefe del Partido de Guerra en el Gobierno Asquith», de esta forma titula Lord Beaverbrook en sus conocidas «Memorias» el capítulo sobre el estallido de la gerra en 1914. En julio de aquel año Churchill envió, 6 días antes de la declaración de hostilidades, telegramas de advertencia a todos los Jefes de Flota, a fin de que se mantuviesen preparados para la lucha . . .»

Y cuando después, el primero de agosto de 1914, Inglaterra declaró la guerra a Alemania, se reflejaba la alegría en todo su semblante — según afirma Lady Asquith en sus «Memorias». Sus experimentos militares costaron a la Gran Bretaña miles y miles de sus hijos. Habló de Amberes, que estaba sitiado, y declaró que 50.000 ingleses romperían el cerco y defenderían la ciudad hasta el último suspiro. 24 horas después de sus manifestaciones aquella ciudad caía sin embargo en manos alemanas. Y cuando, tal como lo dijo a Asquith, «había derramado sangre por primera vez en Amberes», entonces — según escribe Asquith — comenzó a rugir como tigre hambriento pidiendo más sangre todavía.»

Pidió un mando militar, pues — según dijo — «su carrera política no significaba nada para él en comparación con la fama militar». El Mariscal de Campo inglés, Wilson, dice de aquellos días: «Ví a Churchill cinco minutos solamente, pero hablaba tal cantidad de tonterías militares que me enemisté con él en seguida».

En el informe se afirma también: «Pero el tigre hambriento no descansaba. Tenía que tomar parte en un juego con altas apuestas. Su siguiente acción costó la vida de 300.000 soldados británicos. Cayeron cuando la fracasada expedición de los Dardanelos, que él había preparado afanosamente durante todo el invierno, y que comenzó en la primavera de 1915. Constituyó una de las mayores catástrofes de los aliados durante la Guerra Mundial. Su enfermiza sed de empresas le había resultado de nuevo carísimo a la Gran Bretaña. Se le destituyó del cargo de Primer Lord del Almirantazgo y — para tranquilizar al pueblo — se iniciaron investigaciones que naturalmente no trascendieron al exterior. Después que su carrera de estratega había

terminado en una forma tan catastrófica, apareció repentinamente en Francia de Coronel. En el año 1917, Lloyd George lo tomó de nuevo en su Gobierno, a pesar de la gran oposición de dirigentes políticos ingleses. Opinaba que era menos peligroso tener a Churchill de miembro del Gobierno para que no emprendiera algo desde fuera. Pero, apenas terminada la Gran Guerra, este individuo, excesivamente energético, buscó nuevas posibilidades bélicas, y halló la . . . guerra civil rusa. ¡Salvad a Rusia! ¡Ayudad al General Denekin! ¡Auxiliad al General Kotschak en Siberia! ¡Destrozad a los bolcheviques satánicos! gritaba. Pero esta aventura rusa, resultó ser también un fracaso. «Este hombre significa guerra!» dijo de él Lord Beaverbrook . . . ».

«Al no dar resultado lo de Rusia, se precipitó nuevamente en la política. Intentó hacer caer a Lloyd George, pero se cayó él también. En busca de nuevas posibilidades tuvo entonces la impresión de que los conservadores tenían probabilidades de éxito y por ello consideró más ventajoso volverse conservador. Pronto ocupó de nuevo el cargo de Ministro, esta vez en un Gobierno de derechas, hasta que Baldwin le despidió en 1929 . . . Desde entonces nadie lo tomó ya en serio. Cuando en 1939, llegó la guerra, vino también para él, sin embargo, su gran oportunidad. Se volvió dictador de la Gran Bretaña. Ahora ha conseguido su objetivo. Nadie le puede alejar aunque regresen derrotados los Ejércitos de Inglaterra o aún en el caso de que por las bombas alemanas se transformen en un montón de ruinas las ciudades de la Gran Bretaña. ¡Este es Churchill!»

(de «Militär-Wochenblatt».)

De diarios y revistas.

Un submarino italiano al mando del Capitán de Navío Vocaturo, que había conseguido hundir en el Atlántico buques de 12.000 toneladas totales de registro, halló dos naufragos del barco pesquero francés «Notre Dame de Châtelet», que desde hacía seis días se hallaban sin probar alimento y extenuados. Con esta ocasión se descubrió una nueva alevosía, cometida por la marina de guerra británica. El barco pesquero francés, había sido detenido por un submarino inglés, visitado y dejado de nuevo en libertad. Poco después, sin embargo, el barco pesquero fué hundido, sin que se le diera aviso previo. De la tripulación de 29 hombres, resultaron muertos 15, entre ellos el capitán, mientras los restantes se refugiaron en los dos botes salvavidas. El más pequeño de ellos, ocupado por cinco naufragos, fué tomado por el mismo submarino inglés bajo fuego de ametralladora y se hundió, perciendo los cinco tripulantes. De los nueve restantes, siete de ellos, en un golpe de desesperación, se suicidaron durante los tremados días que hubieron de debatirse solos, con muy escasos víveres y pocos litros de agua.



Foto: Scherl-Stöcker

Los nuevos cazas monoplazas alemanes Heinkel He 113 en un campo de aviación circunstancial.

Con relación al hundimiento del «Bismarck», el Almirante finlandés von Schoultz publicó en el periódico de Helsinki «Svensk Botten», un artículo muy extenso. El articulista dice en sus conclusiones que las operaciones del «Bismarck» tenían su importancia especial en sentido psicológico, que, frecuentemente, es mucho más importante que todo lo demás. Considera muy significativo para la juventud de un pueblo, el que se mida valerosa y henchida de espíritu de sacrificio con un enemigo, aún cuando le sea superior en número. Así lucharon los contratorpederos alemanes bajo el mando de su Comodoro Bonte en Narvik, y su sacrificio no resultó vano.

También el «Times» hubo de reconocer que el hundimiento del «Bismarck» por los ingleses, les había costado muy caro. El «Bismarck» hundió el «Hood» y causó al «King George» tales averías, que hubo de retirarse de la lucha. Además destruyó el «Bismarck» un contratorpedero y cinco aviones torpederos británicos. Sólo el sexto de ellos consiguió lanzar un impacto. Para el «Bismarck» y su tripulación, supone la honrosa lucha una victoria moral. Para la mitad del «Home-Fleet» inglés es una gloria mediocre haber logrado dar el golpe de gracia al buque de guerra alemán. Los nombres del Almirante Lütjens y del Capitán de Navío Lindemann, quedarán permanentes como el más bello ejemplo de valentía y cumplimiento del deber en los anales de las batallas navales.

En las grandes batallas del Este se ha puesto de manifiesto la diferencia de criterio de Alemania y de Rusia respecto al tanque. Los Soviets espe-

raron detener a los regimientos de tanques alemanes empleando sus tanques más pesados, que pueden calificarse en el verdadero sentido de la palabra como «fuertes rodantes». Sin embargo, en ningún caso, los gigantescos tanques rojos lograron ni intervenir decisivamente en las operaciones ni contrarrestar el avance de los tanques alemanes de tipo medio.

Incluso los ataques con los tanques gigantes de 120 toneladas, que el Ejército rojo había preparado como especial sorpresa, fracasaron ante la defensa antitanque y la habilidad de la conducción alemanas. Estos tanques rusos tienen la potencia de fuego de un fortín; mas, no pudieron aplicarla debido a su lentitud y su dependencia de un terreno apropiado. Las tropas alemanas, maniobrando hábilmente, les pusieron siempre en una situación sin salida, aniquilándolos después.

Así, la esperanza de los rusos de llevar a la guerra un nuevo elemento decisivo con sus super-tanques se ha revelado falaz, mientras que el tanque alemán de tipo medio ha respondido a todas las exigencias.

La prensa norteamericana informa sensacionalmente sobre el hundimiento del vapor mercante egipcio «Zamzam» y aprovecha la ocasión para dirigir reproches tendenciosos contra Alemania. Especialmente se hace resaltar que entre los pasajeros había 120 norteamericanos sobre cuya suerte no dicen nada las noticias norteamericanas. De parte alemana se informa oficialmente que el citado barco fué hundido efectivamente por la Marina de guerra alemana, una vez que el control realizado demostró que llevaba contrabando a bordo. El registro y el hundimiento del barco se hicieron conforme a las disposiciones del derecho de presas. La tripulación y los pasajeros fueron transbordados por la Marina alemana que les dejó en un punto del territorio ocupado. Todos se encuentran bien y en seguridad. La tendenciosa información norteamericana sobre este caso ocurrido dentro del legítimo derecho de guerra marítimo debe ser considerada como una incitación premeditada a la guerra.

Un avión alemán, Ju 88, atacó, en vuelo rasante, un contratorpedero inglés, lanzándole dos impactos. Al realizar el ataque, el avión llegó tan cerca del mástil del buque inglés, que el casco del avión resultó desgarrado. Cuando el avión, una vez ejecutada la misión que le fuera confiada, regresó de nuevo a su aeropuerto, se halló en el casco del Ju 88, la punta del mástil, en forma de disco.

Según comunica el corresponsal londinense del «Aftonbladet», una escuadra de aviadores británicos ha hecho hacer, un sello especial con el que son estampillados todas las cartas que se expedían y que lleva la siguiente inscripción: «Mucho más todavía que en la pasada guerra, necesitamos, en la actualidad, de sano juicio. Nuestros jefes deben frecuentemente luchar, no contra el enemigo sino contra los apocados del país.» Y como opinión personal complementaria de esta sincera comprobación, formada a base de las recriminaciones hechas no únicamente en los últimos días, añade el corresponsal: «Desgraciadamente para la gente común, lleve o no uniforme, el calificativo de «gentleman» significa lo mismo que apocado.»



Tropas servias después de la rendición de armas.

Son innumerables los actos de heroísmo de los soldados alemanes que, en Rusia, están luchando contra un enemigo modernamente armado y muy superior en número.

A principios de Agosto un joven suboficial alemán logró liberar por el fuego de su cañón antitanque una compañía de infantería y un destacamento de sanidad alemanes, que se encontraban rodeados por tropas soviéticas. Inmediatamente después aparecieron tres carros de combate rojos del tipo muy pesado de 52 t. Como con las granadas de su cañón, al antitanque liviano no le era posible destruir los monstruos rusos, el suboficial se acercó al primer tanque con una carga explosiva que metió en el radiador abierto y luego destruyó el segundo tanque de la misma manera. Después de hacer huir al tercer tanque hizo fracasar con el resto de su munición un ataque de un escuadrón soviético con lo cual pudo impedir el intento ruso de evasión de una bolsa formada por las tropas alemanas.

El número de voluntarios franceses que se han inscrito para la lucha contra el bolchevismo asciende, a fines del mes de julio, a unos 25.000. Los primeros 5.000 voluntarios de la Legión francesa partirán próximamente de París con dirección al frente.

El partido nacionalsocialista obrero danés trabaja con especial actividad para que sus miembros participen en la lucha antibolchevista. Destacados funcionarios del partido se han alistado como voluntarios y el número de inscritos en la Legión danesa sigue aumentando.

También en Suecia y Holanda hace grandes progresos el alistamiento de voluntarios para la lucha antibolchevista. En la Oficina de Estocolmo, se han

inscrito diariamente, desde que empezó la acción de propaganda, unas 100 personas en la lista de voluntarios.

La prensa alemana publica hoy por primera vez fotografías del nuevo caza monoplaza He 115, nuevo modelo alemán que ha sido ya experimentado con especial éxito. El nuevo caza se construyó en las fábricas Heinkel sobre el modelo He 112 U con el que poco antes de estallar la guerra se consiguió el record mundial de velocidad de 746,6 km. por hora. El nuevo caza se está fabricando en grandes series desde hace muchos meses y ha contribuido considerablemente — según se hace constar en Alemania — a la superioridad del arma aérea alemana sobre la Royal Air Force. El He 115 está fuertemente armado con ametralladoras y cañones de moderna construcción. Una característica de la construcción es que pudo prescindirse del refrigerador hasta ahora usual que aumentaba la resistencia del aire. El mantenimiento de la temperatura necesaria para los motores se consigue por una refrigeración de la superficie que funciona según las últimas experiencias técnicas. El nuevo modelo se ha aplicado también con extraordinario éxito como caza nocturno.

La prensa alemana publica el retrato del teniente del 14º regimiento de artillería de la 14ª división de tanques, Jakob Stalin que en Lijosno, al suroeste de Witebsk, rindió las armas con otros muchos oficiales soviéticos. El hijo del dictador bolchevique se ha rendido porque, según sus propias declaraciones, vió la inutilidad de la resistencia en su sector de combate. Jakob Stalin que, en rigor, se llama como su padre Dshugashwili, ha sido identificado sin lugar a duda. Sus documentos revelan que en un principio fué Ingeniero diplomado de la Escuela Técnica entrando después en la Academia de Artillería de Moscú, de la que salió a los 2 años y medio en lugar de los 5 años prescritos.

El Tribunal de Guerra francés de Clermont-Ferrand ha dictado en los días pasados no menos de 105 sentencias por alta traición y otros crímenes contra la seguridad del estado. Once comunistas culpables de actos revolucionarios y por el reparto de pasquines ilegales, fueron condenados a las penas de cuatro meses y un año de cárcel, quitándoseles, además, los derechos de ciudadanía por espacio de diez años. En contumaciam fueron condenados a muerte dos oficiales y dos suboficiales que desertaron el año pasado para incorporarse a las fuerzas separatistas de de Gaulle. Por igual razón fueron condenados a varios años de prisión otros 88 suboficiales y soldados. Asimismo, el Tribunal de Guerra acordó, en cada uno de los casos, la confiscación de los bienes de los condenados.

Es Comité Central de la Legión de Voluntarios franceses contra el Bolchevismo que se reunió en Vichy, publica un manifiesto en el que se dice: «Esta Legión, que será dividida en diferentes grupos, se ha propuesto luchar contra la Rusia bolchevique. En sus diferentes unidades irán representadas todas las armas».

Cultivo de Idiomas.

Lección IC.

De «La Guerra Mundial de 1914 a 1918». Por el Archiv Nacional del Reich.

Tomo I. Capítulo 1.

(Continuación.)

«Es evidente que la tirantez existente desde hace años entre Alemania y Francia, tirantez que periódicamente se agrava, ha provocado en casi todos los estados europeos, un aumento de actividad militar. Todos se preparan para la gran guerra, que todos esperan. Unicamente Alemania y su aliado Austria-Hungría no participan en estos preparativos. Mientras en

Sprachübungen.

Übungsstück 99.

Aus „Der Weltkrieg 1914 bis 1918.“

Bearbeitet im Reichsarchiv.

Band I, 1. Kapitel.

(Fortsetzung.)

„Es ist unverkennbar, daß die seit Jahren bestehende und sich periodisch verschärfende Spannung zwischen Deutschland und Frankreich in fast allen europäischen Staaten eine erhöhte militärische Tätigkeit ausgelöst hat. Alle bereiten sich auf den großen Krieg vor, den alle über kurz oder lang erwarten. Nur Deutschland und das mit ihm verbündete Öster-

Cronógrafo según *Le Boulangé*.

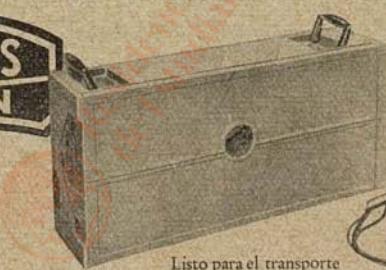
Modelo para el uso en campaña y servicio en cámaras.

Para su fácil transporte, todos los aparatos van colocados en una maleta metálica, que sirve, al mismo tiempo, de base. El aparato puede cerrarse durante el trabajo y está protegido contra el viento y la lluvia.

La suspensión de las pértigas avisadoras funciona automáticamente al cerrarse el aparato.

Los dispositivos de distribución y regulación eléctricos están montados en el aparato.

Para más detalles, dirigirse a **ZEISS IKON AG., DRESDEN S. 30**
DEPARTAMENTO DE INSTRUMENTOS



Listo para el uso, abierto

Austria el gobierno lucha desde hace años inútilmente para conseguir un aumento insignificante de sus efectivos de paz. Alemania, por razones financieras, se ha mantenido dentro de los límites más modestos en sus pedidos para el nuevo quinquenio. Un aumento efectivo, si bien es cierto insignificante, aportará esta ley recién en 1914. Rodeada de enemigos, Alemania deja anualmente a miles de sus hijos aptos para el servicio militar sin instrucción y, por consiguiente, sin utilidad para la defensa nacional.

La memoria terminaba en la siguiente forma:

«Siempre es obligación de todo estado, no sólo esperar con calma los acontecimientos venideros, sino también prepararse para el día de la decisión, que determinará si su energía interna le autoriza o no a nuevas exigencias de vida. También Alemania debe prepararse para esta decisión. Considero, por consiguiente, que tanto el aumento de su armada, como el de los efectivos de paz de su ejército por un llamado de su población apta para el manejo de las armas son un mandato de propia conservación. Ambos aumentos deben coincidir uno con el otro.»

(Continuará.)

reich nehmen an diesen Vorbereitungen nicht teil. Während in Österreich die Regierung schon seit Jahren vergebens um eine unwesentliche Erhöhung des Friedenspräsenzstandes kämpft, hat Deutschland aus finanziellen Gründen sich im laufenden Jahre mit den Forderungen des neuen Quinquennats in den bescheidensten Grenzen gehalten. Eine wirkliche, wenn auch unbedeutende Verstärkung der Wehrmacht wird auch dieses erst im Jahre 1914 bringen. Von Feinden rings umgeben, lässt Deutschland jährlich Tausende seiner waffenfähigen Männer unausgebildet und daher nutzlos für die Landesverteidigung.“

Die Denkschrift schloß: „Immer bleibt es Pflicht jeden Staates, nicht nur den kommenden Ereignissen ruhig ins Auge zu blicken, sondern auch sich auf den Tag der Entscheidung vorzubereiten, der darüber urteilen wird, ob seine innere Kraft ihn zu weiteren Lebensforderungen berechtigt oder nicht. — Auch Deutschland muß sich für diese Entscheidung rüsten. Ich halte sowohl einen Weiterausbau seiner Flotte als auch eine stärkere Heranziehung seiner waffenfähigen Mannschaft für das Heer, also eine Erhöhung seiner Friedenspräsenz, für ein Gebot der Selbsterhaltung. Beides muß Hand in Hand gehen.“

(Fortsetzung folgt).



Para la defensa propia:

Pistolas Walther para la policía
Mod. PP y PPK, calibres 7,65 y 9 mms

Para el servicio de señales aeronáuticas:

Pistolas Walther luminosas
de metal ligero

Pistolas Walther para señales
de luz de estrella
de acero inoxidable

WALTHER

**Carl Walther,
Fábrica de armas
Zella-Mehlis (Alemania) 14**

**CASAS
INDUSTRIALES
Y DE
EXPORTACIÓN**

estarán perfectamente re-
presentadas en la revista

Ejército Marina Aviación

Publicación mensual
y pueden adquirir vastas
relaciones

Diccionarios militares “Franckh”

español-alemán, alemán-español

para las Fuerzas Armadas y la Técnica militar

por Bruno Głodkowski en colaboración con el Profesor
de la Technische Hochschule de Berlin L. von Carstenn, el Mayor
retirado Felix von Frantzius y Erwin Hoene

Precio: 7.50 RM. (empastado)

Franckh'sche Verlagshandlung, Stuttgart, Alemania, Pfizerstraße 5-7



HENSCHEL STUKA

HENSCHEL FLUGZEUG - WERKE A.G. SCHONEFELD / BERLIN